REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXX | San José, Costa Rica **1935** Sábado 16 de Marzo | Núm. 11

Año XVI—No. 723

SUMARIO

Moisés contra Roma

Por ARTURO CAPDEVILA

= De *La Prensa*.—Buenos Aires =

Moisés por una ruta, Rómulo por otra. Y a los siglos, he ahí frente a frente y para todos los tiempos de la historia, irreconciliables, a las huestes del uno y del otro.

La gran batalla, la formidable batalla, estaba ya empeñada — como se vean bien las cosas — muchos antes del cristianismo. Era el viejo Oriente que por agencia de Israel ponía pleito a fusión del nuevo credo llevó el conflicto a su punto más grave. Roma. Pero es evidente que la di- En todo caso, pendones de Jehová y de Jesús se parten el campo entre los sitiadores del Imperio inicuo. ¿Chocaban dos religiones? Sin duda: la religión del Dios único contra la religión de los ídolos, que ya era sólo esto el culto oficial. Pero chocaban también, y principalísimamente, dos derechos. Y esto es lo que más de cerca nos interesa, este vital aspecto laico de la cuestión. Todo lo que ella involucró de civil, de jurídico, de económico, de terreno, debe ser estudiado, sin negar—que fuera necio—su trascendencia religiosa y su inmensa significación moral.

Pero es que siempre damos con lo moral, hasta cuando creemos caminar con muy otro rumbo. Acaso el problema de la distribución de las riquezas, ¿no plantea por sobre todo otro linaje de problemas, uno esencialmente moral? Dondequiera que dos o más discuten la posesión de una cosa, discuten en realidad sus títulos morales a poseerla. Por lo demás, ¿qué pretendía el cristianismo como no fuera fundar la nueva sociedad política sobre la base de la fraterna igualdad de los hombres? Tales fueron sus principios, perfectamente opuestos a los del paganismo hecho Estado. Tan opuestos y contrapuestos, que la crisis violenta era fatal.

¡Qué mucho, si del fondo de la propia historia romana—allá de los primeros tiempos espontáneos — brotaba el agua de la equidad, así para lo privado como para el orden público! Todos sabían que las primitivas curias realizaron el prototipo del gobierno autonómico de grupo; que los comicios formados con los "patres familiarum", y el Senado constituído con los "patres gentium" habían representado en su tiempo dos maneras legítimas de poder consentido. Todos sabían que el antiguo "rex", surgido del libre voto de los comicios, era un legítimo rey, cuya autoridad no resultaba intolerable, ni aun para la plebe numerosa.

Con todo, aquella organización patricia en que una clase privilegiada reservábase los cargos y las dignidades y el exclusivo derecho de pastoreo en el "áger públicus", que así por vía de ocupación quedábale en efectiva propiedad, levantó desde sus orígenes las iras políticas del plebeyo. ¿Y cuál era el pobre que olvidaba la inicial edad de oro, en que Rómulo señalara a cada ciudadano, como única propiedad trasmisible por herencia, el mero espacio de dos yugadas de tierra — "el espacio que puede arar un par de bueyes en un día"—, donde se construía la cabaña y se cultivaba el huerto? Entonces sí que el "áger públicus" se disfrutaba en común.



Moisés
Obra de *Pedro Berruguete*

Más tarde, con las guerras victoriosas, la tierra conquistada creó, en oposición al "áger públicus", una dualidad de propiedad particular y colectiva, con que vino a exacerbarse el conflicto agrario que malamente trató de resolver la famosa ley Licinia y la posterior ampliación frustránea de los Gracos.

La evolución jurídico-política había concluído con los bandos tradicionales de patricios y plebeyos, y habíase obtenido una densa unidad democrática; pero en cambio era más acentuada que nunca la división entre pobres y ricos: abismo inevitable dondequiera que la tierra de todos se trueque en bien patrimonial de unos pocos; o hablando en términos georgistas, que son los que acepto, dondequiera que la renta de todos aproveche a los menos.

El lucro inmoderado de los latifundistas, a cuyo servicio agonizaban, más bien que vivían, millones de hombres, precipitaba el cataclismo. Cargado el labrador de pesadas, de insoportables deudas que la usura acrecentaba; entregadas a la industria del préstamo las clases opresoras, ningún alivio duradero se derivó nunca de las "leyes pópuli, plebiscita o senatus consulta".

Además, las conquistas, lejos de mitigarlo, ahondaban el mal; pues aplicado el principio africano de que las posesiones exteriores han de enriquecer al conquistador, y dado que el ciudadano de Roma se adjudicaba exclusivamente tal derecho, la población itálica y toda la del Imperio veíase de día en día más

irremediablemente sojuzgada. Entretanto, el desenfreno de los instintos daba al traste con las pretéritas costumbres austeras: que así reinaba la corrupción de los ricos.

Para colmo de calamidades habría de surgir el imperio absolutista y habrían de reunirse en la persona del emperador las potestades del pueblo, desde la "tribunitia potestas" hasta la del pontífice máximo.

¿Y no habían de resonar como gritos de batalla en aquel mundo romano los preceptos de Israel? ¿Y no era como una negra tormenta que se echaba sobre el Foro todo el Viejo Testamento? Uno sólo de los preceptos mosaicos bastaba ciertamente para derrumbar la construcción quiritaria.

Como gritos de batalla, así resonaban los viejos apotegmas mosaicos en aquel medio revolucionario. Moisés había legislado: "Al séptimo día holgarás para que tome refrigerio el siervo y el extranjero" ("Exodo", XXIII, 12). Y también: "Al séptimo año recobrará la libertad el siervo" ("Exodo", XXI, 2). Séptimo día o séptimo año que hubieran marcado el fin de los tiempos para el derecho expoliatorio de Roma.

"Si dieres a mi pueblo dinero emprestado, al pobre que está contigo, no le impondrás usura" ("Exodo", XXII, 25). Esto también decía Moisés. ¡Y cómo resonaría el versículo redentor en la ciudad de los usureros!

"Si tomares en prenda el vestido a tu prójimo, a puesta del sol se lo devolverás, porque sólo aquello es su cobertura, aquel es el vestido de sus carnes" ("Exodo", XXII, 26 y 27); minucia legislativa que justamente por serlo ganaba el corazón de los humildes. Este paternal acento, en la ciudad tremenda donde el acreedor atara a sus deudores al poste trágico de las deudas...

¿Qué más decía Moisés? Decía: "Seis años sembrarás tu tierra y allegarás su cosecha; mas al séptimo la dejarás y soltarás para que coman los pobres de tu pueblo" ("Exodo", XXII, 10 y 11). Y esto más: "El sábado de la tierra os será para comer a ti y a tu siervo y a tu sierva y a tu criado y a tu extranjero que morase contigo" ("Levítico", XXV, 6). ¡Y qué! Bastara un solo sábado de la tierra para organizar, si un punto lo quisiera Roma, el gran sábado de una noble humanidad redimida y solidaria.

¿Y el jubileo?

"Santificaréis el año cincuenta y pregonaréis libertad de la tierra a todos sus moradores; éste os será jubileo, y volveréis cada uno a su posesión y cada uno a su familia" ("Levítico", XXV, 10). Mandamiento que se autoriza con este otro, realmente fundamental: "La tierra no se venderá. Porque la tierra es de Jehová y vosotros peregrinos y extranjeros sois" ("Levítico", XXV, 23). Esto en aquella Roma hambrienta de tierra, para cuya clase latifundista la tierra toda del orbe era poca.

Bien lo decía y bien lo detallaba Moisés. La tierra no era trasmisible sino tan sólo los frutos de la tierra, según resulta clarísimo de estos otros versículos en que se estatuye que el precio de los frutos aumenta o disminuye en razón de los años que falten para el jubileo: "Conforme al número de los años después del jubileo comprarás a tu prójimo. Conforme al número de los frutos te venderá él a ti" ("Levítico", XXV, 15 y 16).

Pensativos se quedarían oyendo estas cosas los primeros iniciados. La intuición y el instinto, ya que no el saber, vendrían en su auxilio, y entenderían muy bien que allí donde no se respeta el orden natural de la vida luego surge la desigualdad. Comprenderían que pues toda la riqueza, absolutamente toda, procede, ya de un modo, ya de otro, de la tierra, solamente su justa distribución libremente ofrecida al trabajo libre de los hombres daría por resultado la igualdad humana, que no se funda, ni hay por qué, en que todos posean igual número de hectáreas en el territorio nacional, sino en que cada uno disponga del fruto de su trabajo. A la luz de los principios mosaicos verían cómo creada la propiedad exclusiva del suelo el latifundio es su efecto inmediato. Y de una vez se explicarían ese otro fenómeno conexo de la esclavitud. Comprenderían, entre súbitas evidencias de la historia, que la tierra lo es todo: que las ciudades sólo son episodios del campo, y que resuelto el problema de la liberación de la tierra, todos los otros problemas se resolverían solos; como, a la inversa, falto aquél de solución, todas las libertades públicas serían pura ilusión: la libertad política una burla, la libertad religiosa un sarcasmo, al paso que la vida nacional oscilaría siempre tristemente entre el poder despótico y la reacción demagógica...

Meditación antirromana, si las hay.

Corriente antirromana que aumentaba su caudal con los afluentes germánicos. El germano—sabido es—no conocía otra especie de dominio que el ejercido sobre las cosas muebles; pues que la tierra era en Germania objeto de mera posesión que de año en año se distribuía alternativamente. Como en los años primitivos de la propia Roma, apenas si podía conservarse como propio el espacio del cortijo y del huerto.

Y pensar que esta Roma en que ya eran ludibrio las libertades públicas e irrisorios simulacros las magistraturas ponía antaño todo su honor en respetar las unas y las otras. Hasta la patria potestad cedía sus preeminencias — nos lo refiere Aulo Gelio en aleccionadora página—ante la dignidad magistral, de grado o por fuerza. Así fué cómo el cónsul Fabio Máximo pudo ordenar a su padre, por medio del lictor, que se apeara del caballo en que permanecía montado en su presencia, con temerario olvido del acatamiento debido a las magistraturas del pueblo.

Llegando estaban los tiempos en que el descarado oprobio había de reemplazar a la antigua austeridad. Las madres, cuando se avenían a serlo, no daban el pecho a los hijos, por no afear, haciéndolo, la turgencia de los senos. La lactancia mercenaria sustituía a la crianza maternal, no obstante que la corriente filosófica de la época consideraba—también Aulo Gelio me es testigo—"que si el germen tiene fuerza y virtud para crear semejanzas de cuerpo y espíritu, la leche tiene propiedades análogas e igualmente poderosas"; conclusión que se apoyaba en datos no discutidos de la historia natural, pues dicha influencia se había reconocido en no pocas especies animales. Pasaba por inconcuso este principio: Si las cabras maman de las ovejas o los corderos de las cabras, la lana de éstos será más ruda y la de

aquéllas más suaves... Pero no estaba el ya decadente patriciado para dejarse vencer por razones eugénicas. Nodrizas esclavas de cualquier procedencia amamantaban a los hijos de sus amos.

Designio providencial que cuando una revolución está latente en lo profundo de la vida no haya vínculo que no se desate para abrirle paso. Revoluciones tales, antes de ser visibles a los ojos de todos, se mueven—seres gigantescos—en las entrañas recónditas de la sociedad; de suerte que los tejidos sociales, tal como ocurre con los de la madre en el fenómeno de la maternidad, se vuelven laxos donde cumple que así sea. Ya era algo ciertamente, y acaso mucho también, en la Roma convulsa de la revolución naciente, que los niños quiritarios mamasen del pecho de las esclavas, para que en lo secreto de la sangre patricia prendiera también el germen de la disconformidad de los de abajo.

Niño que tal leche había mamado ya podía entender la palabra de Moisés.

—

Propagandista incansable (Renan, "Histoire du Peuple d'Israel", Liv. X, cap. IV), y habilísimo además en el arte de ganarse exenciones, el judío quedándose al margen de los deberes romanos, empleaba todo su tiempo en el proselitismo; un cierto género de proselitismo dirigido no tanto a captarse adeptos cuanto a restárselos a Roma. ¿Qué hacer contra ese judío? No era defensa válida inventar fábulas absurdas contra él: fábulas y patrañas que no le alejaban sino que, antes bien, atraíanle la atención de las gentes, de tal manera que no cesaba de crecer un mundo alucinado—mujeres, jóvenes, viejos, de toda procedencia y condición—en torno a las sinagogas.

Reinach ("Histoire des Israelites") es explícito. Vendidos como esclavos, recuperaban luego la libertad los hebreos a precio de oro, mediante sus admirables organizaciones. Ya libres, se iban a engrosar las juderías, a vivir en ellas de algún ligero quehacer, de alguna minúscula industria. Desde los tiempos de Pompeyo estaban allí para lo que ellos bien sabían. Y estaban de hecho en todas partes, consumada la Diáspora, realizando lo que ellos sabían hacer como nadie: una ardiente propaganda revolucionaria. Comunidades reciamente unidas del Norte al Sur, del Este al Oeste, visitadas de continuo por los apóstoles del patriarca de la Palestina, daban el molde exacto de lo que mañana serían las comunidades cristianas, organizadas a su imagen y, prescindiendo de lo religioso y atendiendo sólo a lo político, con idéntico fin.

En cada barrio de Roma había el correspondiente sanedrín, de cuyo seno salían los magistrados con asiento y los viajeros. Y allí estaban: a la vista de todos, pero misteriosos a la vez. Tenían signos, sin duda secretos, y jactanciosas originalidades que saltaban a la vista. Poseían, no obstante parecer tan pobres, una poderosa caja común. ¿A dónde iba ese oro? Decían que a Jerusalén. ¿Para qué? Decían que para sostén del culto. Y allí estaban, en todos y en cada uno de los barrios de Roma, mientras maduraban los tiempos, aprovechando de la mejor manera el derecho de asamblea que aun regía. Allí estaban, pues, haciendo juntas y conciliábulos; haciendo acaso conciliábulos de iniciación. Allí estaban, viviendo en el seno de su propio derecho civil, ya que no también — porque obstaba el derecho público — de su propio derecho penal. En todo caso, despreciaban sin disimulo las leyes romanas y sólo tenían por vigente el derecho de Moisés.

Mujeres romanas, de todas las condiciones sociales, sentían como una rara atracción, e iban hacia el judío o le dejaban venir hacia ellas. ¿Era su culto lo que las atraía? ¿Eran las leyendas que acerca del hebreo corrían? ¿Era un afán de novedad? Sólo sabemos que ya la mujer estaba en su puesto maternal, en aquellas vísperas del mayor alumbramiento de los tiempos.

—

Y el pagano ¿qué hacía? Teniendo ojos, no ver; teniendo oídos, no oír; sordo y ciego como por la mano de Dios. Pasaba de largo, y decía consejas:

—No se sabe bien a quién adoran: si a Baco o a una cabeza de asno. Más parece esto último.

—¿Y tienen ritos secretos?

—Sí. Dicen que todos los años sacrifican a un griego.

—Entonces, una superstición oriental como tantas...

—Una pobre superstición oriental.

Y pasaban.

Dos poesías de William Blake

= Traducción directa del inglés.—*Envío del traductor.*—San José de Costa Rica, 1933. =

CANCIONES DE INOCENCIA

Modulando iba canciones
en mi gaita cuando vi
un infante en una nube
que sonriendo dijo así:

"Haz canciones al Cordero!"
Alegre fué mi canción.
"Toca, gaitero, de nuevo".
Yo toqué y el sollozó.

"Deja tu gaita gozosa,
canta un alegre cantar!"
Yo canté la misma endecha
y él se puso a sollozar.

"Escribe un libro, gaitero,
que todos puedan leer!"
Desapareció de mi vista.
Yo un caramillo formé;

y con la rústica pluma
que en la fuente fuí a mojar
escribí para los niños,
que todos puedan gozar.

AUGURIOS DE INOCENCIA

Contemplar todo un Mundo en un grano de arena,
en la flor de los campos todo un Cielo mirar,
poseer lo Infinito en la mano entreabierta
y en una hora lo Eterno gozar!...

El murciélago triste que en la noche aletea
ha nacido en la mente de algún hombre sin fe,
y la negra lechuza que ha gritado en la sombra
es la voz descreída de un ser...

El dolor y la dicha entrelazan sus hebras
vestiduras tejiendo de nuestra Alma Inmortal;
corre el hilo de seda de la humana ventura
bajo el duelo de todo pesar.

Cada gota de llanto es un niño que nace
en el seno del tiempo sin fin.

El balido, la queja, el lamento y el grito
son las ondas que baten el Celeste confín.

El que siempre ha dudado lo que miran sus ojos,
el que nunca ha creído, que descanse en su error!
Que si el Sol y la Luna de sí mismos dudasen
matarían su fulgor.

Para aquellos que viven en cavernas de sombra
Dios se muestra, es el Dios-Claridad;
pero a aquellos que viven en la gloria del Día
la Figura del Hombre les da.

José B. Acuña

El nuevo género en Artes Plásticas creado por Roberto de la Selva

Por CARLETON BEALS

= De *El Universal*.—México, D. F. 20, octubre, 1934 =

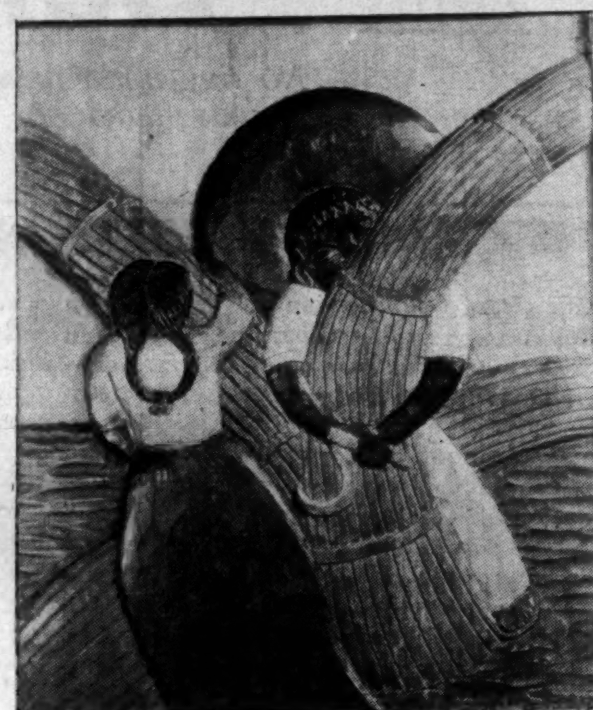
La primera comparación que evocaron en mí las maderas talladas policromadas del artista nicaragüense Roberto de la Selva fué la de los brillantes bajorrelieves en porcelana del renacentista della Robbia el menor. En la obra de ambos hay una semejanza de frescura, de vivacidad y de encanto de carácter y color; en una y otra labor se patentiza el rico sello manual del taller modesto. En el uno como en el otro, la producción artística tiene olor de sudor de vida real.

Si se quiere extremar más allá esta comparación, se nos evapora. Los tallados de De la Selva encarnan una cultura y una tradición diferentes, una ideología y contenido distintos. Los medios que emplean uno y otro artistas son lo más diverso que se puede dar: sus técnicas no tienen nada de común. Si en cierta manera esotérica los dos imparten un sabor estético similar, ello se debe sólo a la semejanza del vigor emotivo que a ambos inspira, a la coincidencia en ambos del impulso renacentista, a la libertad que les ha brindado a uno y a otro, siglos de por medio, una época de experimentación, y al uso jubiloso que los dos hacen de los colores.

Fundamentalmente toda comparación de esas con Della Robbia es injusto. De De la Selva se puede decir que casi ha creado un género enteramente nuevo, lo cual es dado a pocos artistas. Casi llega a elevar un arte secundario, por más que sea de lo más antiguo y primitivo, a un nivel de expresión de primer orden, dándole nueva potencialidad, flexibilidad y movimiento, revistiendo de sabiduría y universalidad un medio, decorativo en esencia y función y todo ingenuidad. Así refuerza De la Selva la creencia de que el verdadero artista puede crearse un medio vigoroso de expresión, capaz de abarcarlo todo, sea cual fuere el medio que emplee.

Cualesquiera que sean las comparaciones a que nos entreguemos, la visión, la síntesis y la técnica de De la Selva son únicas y muy suyas inequívocamente. Su obra tiene raíces hondas discernibles. Está arraigada en la región tropical de tierra firme de América, en México, y en el apercibimiento personal que él tiene de la vida y de las potencialidades de esas regiones. El mismo es producto tropical.

Sus materiales son indígenas: la caoba blanca, madera pesada, dura, pero extremadamente fina, que sugiere pureza virginal a la vez que madura perfección; madera de grano tan fino que, a pesar de su resistencia al buril parece casi tan excelente, como medio plástico, como el mármol. Los colores que emplea para policromar son los colores de barro molido, tradicionales de México, cálidos de sol y reminiscentes de siglos de utilización cariñosa; colores empapados en tradición rural y en un amor del suelo tan profundo como en China e Italia.



La cosecha
Talla policromada por *Roberto de la Selva*

El contenido del arte de De la Selva es tan antiguo como el campesinaje que pacientemente ha sobrevivido siglos de explotación, pero este contenido es por completo moderno en cuanto a manejo y manera de ver: es una revaluación de la cultura básica en términos de agitación revolucionaria actual. De la Selva nos ofrece vivas escenas rurales, dándoles forma y proyectándolas dentro de un marco estético que agrada y satisface, escenas en las que redescubre signifcado específico y universal. Si bien no le atormenta la avidez de propaganda y la determinación brutal de Diego Rivera, ni el mal del alma de José Clemente Orozco, quien sublimiza la agonía racial transformándola en un misticismo comunista, ni las inversiones paradójicas de David Siqueiros, creador de un superrealismo basado en el énfasis que les da a las características recesivas y en la expansión de lo diminuto en lo gigantesco, De la Selva es, sin embargo, parte del movimiento artístico general de México cuya tendencia central es la revaluación de la historia, de la política y de la estética en términos de justicia social y de liberación económica. De la Selva dignifica las razas, las clases y las culturas despreciadas, pero sin ningún sentimentalismo de turista y sin darse a rapsodias oficiales; halla en ellas el verdadero secreto de la originalidad y vitalidad de la nación mexicana; descubre su fuerza perdurable, el hondo y aun recóndito sentir que exhala su inagotable paciencia, la delicada belleza de su sencillez, la hermosura esplendorosa de su preocupación por el suelo, y su calmada indiferencia respecto de los fetiches extranjeros. En otras palabras, De la Selva desentraña de esas razas, clases y culturas, los valores eternos de su vida, en vez de echarse a llorar por sus miserias de explotación o de ocuparse con la palabrería de fe insulsa de su reivindicación; y así es cómo, a su manera, mueve el centro cultural y político de la América tropical lejos del colonialismo en bancarrota estética y social, y lejos de la dominación imperialista y criolla, hacia su verdadera base: la vida indígena y sus adaptaciones mestizas. De modo que es un anunciador, junto con toda la escuela mexicana, del reajuste político y económico implícito en la Revolución Social Mexicana y que ha tenido escaso logro. Si el movimiento artístico mexicano representa muchas contradicciones y confusiones, en cambio ha sido más fundamental y de visión más clara que su contraparte política. Roberto de la Selva representa un triunfo tranquilo, más allá y por encima de la lucha inmediata.



En el baño
Talla en caoba blanca policromada, por *Roberto de la Selva*

Es bueno recordar que el movimiento artístico mexicano propiamente abarca a otro centroamericano, Carlos Mérida. Tanto Mérida como De la Selva por más que estén tan distanciados en cuanto a técnica, género y énfasis, tienen en común un rico sentido decorativo que sugiere posibilidades de gran belleza futura que ha de lograrse en el arte de este sector del mundo una vez que se hayan aclarado las nubes de polvo de las batallas. Los centroamericanos, con sus tonalidades tropicales más ricas, complementan el carácter esencialmente sombrío, de blanco y negro y gris, de Orozco, y los melodramas de color brus-

co de Rivera; su obra tiene la callada sensualidad de las tierras bajas más bien que la tensión nerviosa de las tierras altas. En este sentido decorativo y en esta riqueza de colorido, De la Selva y Mérida están más cerca de otra escuela artística muy similar en el lejano Sur, la escuela peruana. Mérida, por más que se haya hundido tan profundamente en un surrealismo abstracto, dotó a la pintura mexicana de algo del sentido maya quiché de equilibrio, de proporción y de estructura, especialmente en la obra de su primera época, en el motivo piramidal y en la yuxtaposición de colores lisos que acostumbraba. De la Selva, a pesar de su identificación con el grupo mexicano, contribuye sutilmente influencias nicaragüenses, exuberancia de bosques seculares, fluidez, sensualismo, imaginación flamígera, todo bajo el dominio y freno de una rara agilidad mental.

Más bien que buscar en el Renacimiento italiano con qué comparar la obra de De la Selva, sería provechoso recordar que, junto con camaradas artistas de México, está reivindicando una antigua tradición; está reestableciendo la verdadera continuidad artística mexicana, anteriormente viciada por causa de débiles imitaciones de la escuela francesa; él llena de nueva vida, con su aliento, la tradición perdurable de la piedra y de los tallados en madera y de los códices primitivos que esforzábanse hacia la plena luz de la expresión moderna nacional a lo largo de obras humildosas de tallados parroquiales, de labores en cuero repujado, de obras manuales de artesanía, y de los sencillos retablos de ex-votos en millares de remotos templos. La obra de De la Selva es de linaje directo, tanto en técnica como en temas, de los bastones tallados de Apizaco que un tiempo fueron "fasces" de antigua ceremonia religiosa y de autoridad local y que tan grandemente han degenerado en chucherías de turista con un resultante abandono de los antiguos temas vitales y estéticos, todo por agradar los ojos incomprensivos del visitante extranjero. Esta rica vena del tallado de Apizaco, que tiene eco en Santo Domingo de Oaxaca y en San Francisco Acatepec, cerca de Cholula, la reexplota De la Selva, y le salva su significado original llevándolo a nuevas formas de creación y preñándolo de nuevo saber.

He elogiado grandemente la escuela mexicana. El hecho de que Mérida y De la Selva, dos centroamericanos, hayan podido trabajar armoniosamente con este grupo al mismo tiempo que le brindaban contribuciones personales de individualidad propia, sin que su inspiración creadora se agostara en sus raíces, indica que esa escuela posee posibilidades aun más amplias de las que se le han reconocido y de que se funda sobre una base más anchurosa que la que han podido adivinar la mayoría de los críticos.

La verdad es que la escuela mexicana, aparte de sus encantadoras idiosincracias nacionales, es parte de un despertar estético general de las altiplanicies y de los trópicos, que se extiende desde el Perú y Bolivia hacia el Norte y hasta el Río Bravo. La escuela peruana, encabezada por José Sabogal y Camilo Blas, si bien es más suave y decorativa que la escuela mexicana, si está más dotada de la pasividad, del espíritu de orden y del sentido de equilibrio peruanos, quiere no obstante, reafirmar también las tradiciones indígenas y crear una síntesis armoniosa de las culturas de la costa y de la sierra, del criollo, del negro, del mestizo y del indio. Valientemente busca esta escuela la raíz real de la nacionalidad peruana, y he aquí que en esa tarea viene descubriendo raíces de algo más amplio que los meros fenómenos nacionales. También restaura la antigua continuidad, la tradición de las decoraciones de las vetustas "huacas" que son de lo más admirable y significativo, en cuanto a expresión artística, que registre la historia. El arte peruano moderno crea así un nuevo centro político, social y racial: revalúa todas las manifestaciones humanas.

Las investigaciones arqueológicas revelan que hace millares de años las formas artísticas recibieron un común sello regional por sobre una vasta región, la altiplanicie tropical del Nuevo Mundo en contradistinción de las regiones pampeñas de la Argentina, el Uruguay, el Sur del Brasil y la cuenca del Misisipí. Esta vieja tradición está reafirmando su vitalidad jamás perdida. Responde a un despertar racial, cultural y clasista. Los pueblos de esta vasta área están sacudiendo de sus hombros una opresión secular; su nuevo arte pronostica sensiblemente una resurrección continental.

Toda época, toda nación, toda región, representa no sólo un problema político y sociológico, sino también un problema estético. ¿No es signifcativo que el problema estético esté en vías de solución antes que la reivindicación política y económica? Cuando estos problemas interconexos comiencen a desenredarse, como ha de suceder antes de mucho tiempo en Bolivia y el Perú, entonces se libertará una corriente de arte que ha de alcanzar nuevos y mayores logros; nuevos panoramas, hoy obscurecidos, se presentarán a la visión humana; la función del arte será entonces necesariamente distinta, en esa sociedad, de lo que es ahora; sus triunfos serán más anchurosos.

Antes de mucho tiempo, yo hago la predicción, no hablaremos tanto de un arte mexicano como de un arte tropical-serrano de las Américas. De la Selva y sus importantes contribuciones en el Norte son parte de la misma cultura y de las mismas tendencias que les han dado campo tan amplio de acción a Sabogal y a Blas en el Sur. Ambos grupos son portavoces de lo que probablemente sea la contribución más grande, en artes plásticas, del mundo moderno. Será fruto de formas de arte indias, negras y europeas occidentales, fundidas en síntesis cultural, y acatadoras de nuevos pero lógicos contornos. Sea como fuere, hay promesa y sugestión de un arte más flexible, más rico, más fuerte y más universal que cuanto pueda darnos el porvenir en Europa Occidental o en los Estados Unidos.

Estampas

El caso de Cuba

Por JUAN DEL CAMINO

≡ *Colaboración.*—Costa Rica y marzo del 35 ≡

Cuando Machado se gastó y no tuvo ya valor para el imperialismo yanqui, éste lo dejó sin sostén. Lo había usado en multitud de horribles menesteres. Seguir con él era molesto.

Pero Cuba no consiguió liberación con la caída de Machado. El imperialismo yanqui cambió simplemente de azote. Y Cuba sigue sangrando. La táctica de ese imperialismo es la misma. Puso en desuso la manoseada Enmienda Platt para presentarse como desarmado ante las demás naciones y hacer sentir que nada tiene que ver con el orden cubano. Pero es puro fariseísmo. Desaparecida la Enmienda continúa con la misma garra puesta sobre Cuba. Ahora domina al caporal y el caporal da la batalla que el imperialismo yanqui tenía antes que dar acogiéndose a la Enmienda. ¿Quién azota a Cuba hoy? ¿Quién asesina libremente? Es el caporalismo que desde la caída de Machado está enraizado en la Embajada yanqui.

Por eso no sorprende al que sigue con sentido vigilante los sucesos de Cuba la furia destructora empleada en este sacudimiento social que ha paralizado todas las actividades de la vida cubana. Son inmensos los intereses yanquis que tienen convertida a Cuba en factoría miserable. Alcanza a mil ciento cuarenta millones de dólares lo que el imperialismo ha metido en la Isla. Tiene dominio sobre la industria azucarera, sobre las compañías de servicios públicos, sobre ferrocarriles, sobre la industria tabacalera, sobre empresas agrícolas, etc. Su mayor crecimiento parte de la época sombría de Machado. El imperialismo usó a ese déspota en todas las formas infamantes. Y lo que arrancó a Cuba con Machado lo retiene después de Machado con el caporalismo reinante.

Y el cubano que vive padeciendo las miserias de la factoría no cesa de revolverse contra los que la sostienen. No juzguen los observadores superficiales que el cubano está en esa batalla desesperada por demencia. Tiene que batallar. Mil ciento cuarenta millones de dólares son la más siniestra losa que puede soportar un pueblo pequeño como ése. El imperialismo no puede abandonar las conquistas representadas por sus inversiones. De aquí que el caporalismo sea tan fiero. Cuando hay que defender tierras, o industrias, o agricultura, o concesiones que siguiendo un plan perfecto de dominación obtiene el imperialismo yanqui, la defensa no tiene medios imposibles. En Cuba tendremos que ver las atrocidades extremas. Sólo que no serán ejecutadas por las milicias que la Enmienda Platt tenía derecho a desembarcar en la Isla. Ahora el procedimiento es otro. El caporalismo sustituye a esas milicias con ventaja. La matanza la hará en Cuba el propio cubano al servicio del imperialismo.

Anda por aquí un grueso volumen que contiene las observaciones recogidas en Cuba después de la caída de Machado por un grupo de yanquis encabezado por el señor Raymond Leslie Buell. Hay que leer dos veces lo que estos escritores yanquis nos dicen con ánimo de ayudarnos. Apenas vamos haciendo la primera lectura de ese libro. Cuando hayamos hecho la segunda hablaremos de él. Citamos un pasaje que nos parece de una ingenuidad muy yanqui. Es éste: "La tercera de las razones por las cuales las perspectivas de un programa reconstructivo deben ser brillantes, podemos encontrarla en la nueva política de los Estados Unidos hacia Cuba. Hace quince años los Estados Unidos opusieron muchas objeciones a la política implantada por la revolución mexicana; pero hoy en día el gobierno norteamericano desea que haya un "New Deal" no solamente para los Estados Unidos, sino también para Cuba, la que de esta manera tiene una oportunidad única que tardará en repetirse". En suma, Cuba tiene que aguardar grandes beneficios de la política del buen vecino implantada por el segundo Roosevelt.

Pero a la flamante comisión del señor Buell habría que preguntarle en qué forma va el Gobierno de los Estados Unidos a combatir los mil ciento cuarenta millones que el imperialismo invirtió en Cuba para hacerla factoría. No es posible que tenga Cuba oportunidad dada por los Estados Unidos imperialistas para sacudir su losa y lanzarse a una vida de libertad en todos sentidos. Ya sabemos que en estos sacudimientos sociales terribles en que se mete Cuba, la Enmienda Platt no tiene nada que ver. Pero ha sido sustituída por el caporalismo. El cubano sabe que lo terrible para su vida es la factoría. Y entonces lucha para deshacerse de las sofocantes inversiones yanquis. Sin acabar con esas inversiones no podrá el cubano vivir. El descontento es precisamente contra lo que el imperialismo yanqui ha hecho en Cuba. No es contra los demás imperialismos. Sólo el yanqui ha vuelto factoría a Cuba.

El cubano lo que busca en su agonía es el medio de redimirse. La misma comisión jefeada por el señor Buell ha tenido que confesar que el cubano está desesperado y sale a buscar aquellas fuerzas que mueven brazos de protesta radical y extrema. No comete esa comisión, claro está, el yerro de ponerse mal con sus connacionales imperialistas, declarando que el descontento cubano lo motiva el billón y resto de dólares invertido por el yanqui de las grandes organizaciones en acaparar todos los recursos económicos de Cuba. Dice que hay hambre, pero no es hambre que ha

llegado a un pueblo porque carece de tierra y es extraño en su propio suelo. No. El hambre le llega porque el mundo ha entrado en crisis y nadie se ha escapado de ella. Con todo, el descontento es tan grande que el comunismo ha podido constituirse en la esperanza redentora de miliares de cubanos. Es curioso el reconocimiento hecho por la comisión del señor Buell. Hagámoslo leer para que los lectores de las informaciones cablegráficas distribuídas por las agencias yanquis imperialistas, se expliquen por qué esas agencias dicen que lo de Cuba hoy es revuelta movida por el comunismo. Esta es la afirmación del informador yanqui: "La influencia más profunda del movimiento comunista, sin embargo, ha sido ejercida no tanto por los pocos millares de miembros que aceptan la rígida disciplina del partido, cuanto por los centenares de miles de cubanos que simpatizan más o menos abiertamente con las ideas y finalidades comunistas. Estos cubanos han recibido gustosos al comunismo como una fuerza redentora que podría sacarlo del desierto de pobreza y miseria en que se había convertido Cuba".

Pensemos en que no hay yanqui, por independiente y libre de prejuicios que parezca, que pueda condenar la política imperialista de sus Gobiernos. De modo que si a Cuba llega una comisión a estudiarla y a buscarle sus problemas para sacarlos a la luz pública, no es con el ánimo de condenar lo hecho en varios años de conquista por ese imperialismo taimado. Y una forma de condenarlo sería precisamente afirmar que hay en Cuba una fuerza tremenda contra la opresión capitalista que es dueña de la vida económica de la Isla, y que esa fuerza se llama comunismo. El yanqui de estas comisiones de investigación y estudio señala simplemente los peligros que encuentra en nuestros pueblos contra el imperialismo. Cuando estampa una comisión tan prudente la afirmación de que es profunda la influencia comunista en Cuba no tanto en los militantes, en los camaradas, como en los desesperados que se cuentan por centenares de miles, lo hace para aconsejar disimuladamente al imperialismo que si esa masa sin dirección no se contenta empleándola, por ejemplo, en una industria azucarera que debe convertirse en cosa próspera al instante, esa masa será la aliada más resuelta y sin miedo del comunismo. La Isla es recorrida por todos los confines y la comisión yanqui puede dar testimonio verdadero. El Gobierno del segundo Roosevelt tiene que vigilar a Cuba por dentro. No es suficiente darle vuelta por sus mares. La Embajada hace mucho. Pero sus mayores problemas están fuera del alcance de la Embajada. Así lo da a entender la comisión que habla del comunismo como fuerza de inquietud en Cuba. Explica esto, nos parece, el sentido que tienen las informaciones cablegráficas cuando lanzan desde Cuba noticias de que esta conmoción está jefeada por el comunismo.

La prédica que más puede satisfacer a los pueblos vueltos factorías por el imperialismo es la comunista. El imperialismo despoja al individuo de la tierra. Son inmensos los latifundios que por medio de sus organizaciones capitalistas forma el imperialismo. En Cuba la tierra es del yanqui imperialista. Esa tierra está defendida fieramente por el Gobierno yanqui. El cubano se muere de hambre porque no tiene donde sembrar, donde poner a comer su ganado, donde construir su vivienda. Es un desgraciado esclavo de las compañías yanquis dueñas de todo lo cubano que da riqueza y bienestar. Aparece el comunismo que sienta en sus programas el principio de que es necesario apoderarse de los latifundios y realizar su distribución y ese cubano miserable siente que el comunismo trabaja en firme. También lo juzga puesto en el mismo camino de firmeza cuando lo oye clamando porque el azúcar, el tabaco, los ferrocarriles, los puertos, el gas, la electricidad, los telégrafos, los teléfonos, las industrias, salgan del dominio de las organizaciones yanquis imperialistas para perder su poder tiranizante y explotador. Esto ve el cubano en el comunismo que predican en su nación. Y ve que sus predicadores son gente honrada y viril. La misma comisión del señor Buell se encarga de decírselo al Gobierno del señor Roosevelt en este pasaje: "El partido ha tenido la buena fortuna, en términos generales, de que sus líderes en muchos casos han sido hombres de inteligencia, magnetismo e integridad. Se ha conquistado el apoyo de varios de los intelectuales más eminentes de Cuba así como de un grupo creciente de maestros, escritores y profesionales de la nueva generación. Muchos de sus miembros pertenecen a aquella pequeña minoría de cubanos que tienen una verdadera "religión" en el sentido de que representa una devoción profunda que orienta las actividades completas de su vida. Este factor produce una unidad y una seguridad que se destacan en medio de una sociedad confusa y desorganizada en la cual casi todos los grupos se ven divididos por cismas motivados por ambiciones personales".

Si para justificar los crímenes del caporalismo cubano en ésta y en las venideras conmociones sociales que experimenta la Isla, digan las agencias cablegráficas noticiosas del imperialismo yanqui, que es el comunismo el que agita, volvamos el pensamiento meditativo a las afirmaciones que dejamos transcritas. Son afirmaciones hechas por una comisión de yanquis que quieren ante todo señalar peligros al imperialismo de su nación. Y esa comisión dice que el comunismo cubano no sólo ha podido atraer las inteligencias más despiertas, los corazones más limpios y las conciencias más claras, sino que ha planteado la lucha de redención en un plano de verdadera realización. Lo que el imperialismo ha necesitado para comprar un billón y pico de dólares en Cuba está amenazada por la única fuerza capaz de hacerlo: por la fuerza comunista. Entonces el imperialismo organiza lo que puede salvarlo: el caporalismo. Ya no hay Enmienda Platt en Cuba y lo que esa invención imperialista hacía es ejecutado hoy por el caporal.

Iniciación en la angustia

(En torno a Sören Kierkegaard)

Por ANGEL VASSALLO

De *La Nación*.—Buenos Aires

"Cuanto más hondamente se "angustia" tanto más grande es el hombre" (1). Yo quisiera despertar el sentido yacente en esta sentencia del grave y verídico Kierkegaard. Verídico, digo, no ya porque Kierkegaard fuera "decidor" de verdad u hombre de fiar—que también lo fué, y grande—, sino por esta otra razón más válida: que su pudor esencial no le toleró vivir "por debajo" de "su" verdad, porque quiso denodadamente tan sólo su "ser verdadero", y fuera de él, nada. Porque la verdad—y quizá la altura de los tiempos exija de nosotros esta convicción explícita—no es una cosa, ni una relación que entablamos con cosa alguna; algo que nos pertenezca y pueda dejar de pertenecernos, como pertenece el espectáculo a un espectador. La verdad y el "ser verídico"—insinúo—son una y misma cosa: un no caducable modo de existir. Una verdad así nada quiere tener que ver—¿fría delimitación de fronteras o jerárquico apartamiento?—con la sedicente verdad científica ni con forma alguna de erudición filistea—útiles noticias cuando no mera fruición de la curiosidad.

A la zaga de Kierkegaard, siguiéndole ya de cerca, ya de lejos, pasemos ahora a ensayar un abreviado esquema de la angustia, camino y cifra en que irrumpe aquella revelación. Pues "es una aventura que todos tienen que correr ésta deaprender a angustiarse; quien ha aprendido a angustiarse en debida forma, ha aprendido lo más alto que cabe aprender".

Angustiarse no es lo mismo que tener miedo. Se tiene miedo de esto o aquello; en general, de un "qué" determinado. Aquel que padece angustia, en cambio, ¿de qué se angustia? De "nada"; "el lenguaje usual dice, en efecto, exactamente: angustiarse de nada". Si fuera necesario atribuir un objeto a la angustia, debería decirse que el objeto de la angustia es la nada, una específica "nada que sólo angustiar sabe". El miedo "versa" (o recae) sobre esto o aquello; la angustia conmueve y quebranta (desde adentro) la raíz de la existencia, y se "cierne"—sobre todo lo que expone "al ente en fuga en su totalidad". (M. Heidegger).

Siendo como es, la angustia es la estructura de la posibilidad, y ved por qué. Si la angustia es disconformidad total, un "rechazo alejador" (M. Heidegger) de todo lo que es, ello quiere decir que el ser que se angustia "puede" pasar adelante con relación a su ser inmediato, inmenso y perdido en la ajustada finitud de su mundo. Precisamente porque puede—porque puede aquello que ahora no es del todo—se angustia, y la angustia — "esta impertinente inquietud" (Hamann)—es reveladora de

(1) Sören Kierkergaard: *El concepto de la angustia*. Una sencilla investigación psicológica orientada hacia el problema dogmático del pecado original. Traducción de José Gaos. Madrid. "Revista de Occidente". 1930.



Sören Kierkegaard

esa posibilidad. Un animal no se angustia: vive ajustado a su contorno. Un dios —sea griego o de otra parte—tampoco; vive ajustado a su divinidad—con excepción acaso de uno solo, el dios más verídico, porque fué demasiado humano, y cuya angustia visitó la raíz de la existencia, y nos reveló el ser insondable de la culpa y la firmeza angustiosa de la salvación en la verdad de la fe.

"Aquello" de que la angustia es la posibilidad tiene en Kierkegaard muchos nombres; aquí fijaremos los de certeza e intimidad. Ensayemos ver cómo, partiendo de la angustia, se llega a la certeza, que quiere decir verdad.

Con la angustia sobrevienen la culpa y la libertad—aquí certeza. El ser que se angusia se siente "culpable"—intento aclarar: desoladamente finito. No se trata de una culpa que pueda llegar a conocerse "por analogía con sentencias policíacas o jurídico penales". Lo opuesto a una tal culpa sería algo "de lo más ridículo y miserable del mundo: tornarse un modelo de virtudes, un poco mejor que como lo son las demás gentes, pero todavía no tanto como el párroco". La consciencia de la culpa, objeto de la angustia, conduce a constituírse en "infinitamente" culpable. Aquí, por lo tanto, el objeto de la angustia es el ser mismo que se angustia, el cual, "al volverse hacia sí mismo, descubre la culpa". Y tanto más grande es cuanto más "se hunde por sí y ante sí en el abismo de la consciencia del pecado".

De ese abismo lo saca la libertad o certeza. No ya que llegando al cabo de la culpa ésta se transforme o pase a ser libertad o certeza. No. Así como con la angustia y dentro de ella sobreviene la culpa—súbitamente—así también, mediante idéntico "salto", irrumpe la libertad o certeza.

¿Qué es certeza o intimidad? Nombrémosla de otra manera: es "gravedad", la cual, a su vez, tampoco puede entrar en una definición precisa. Pues "lo que cada cual debe entender de un modo esencialmente distinto o ha entendido y llegado a amar de otro modo, no puede recogerse en forma de definición, sin que fácilmente se convierta en una cosa extraña, en otra cosa". Gravedad es aquello que Macbeth tiene consciencia de haber perdido después de haber asesinado al rey, y que expresa en palabras que "sobrecogen de espanto":

> Desde ahora ya no hay "gravedad" en la vida,
> Todo es frivolidad, ha muerto la gloria y la gracia.
> El vino de la vida está apurado.

Que sea gravedad acaso pueda inferirse mejor de su privación. Tan pronto falta la gravedad—certeza o intimidad—, el hombre se hace "perecedero"; ha perdido su ser verídico, que vale tanto como su realidad. Aquél que ha perdido la gravedad ya puede dirigir contra sí mismo las palabras del demente rey Lear: "¡Oh, tú, destrozada obra maestra de la creación!". Ahora la existencia grave descubre todo el tamaño del "salto" que la separa de la culpa, del no ser de la finitud. Aquí son el horror y la angustia de la culpa. La culpa es la desnuda finitud, la existencia perdida en el "momento"—"la temporalidad olvidada de la eternidad". La gravedad podríamos definirla ahora como "la determinación de lo eterno "en" un ser humano". Lo eterno, aquí, no es un concepto que se predica del hombre. La existencia humana, en cuanto es gravedad, es ella misma "hoy" concreta eternidad—pregunto: ¿hay acaso alguna otra eternidad a la que una existencia no degenerada en curiosidad pueda atribuir un sentido?

Esta certeza, esta intimidad, esta gravedad y eternidad tienen también otro nombre: subjetividad. Subjetividad "antiprotagoneana"—pues se apacienta de tamaña solidez—, ante la que se hace sombra y humo el prestigio de cualquier objetividad. Presentes estos supuestos, podemos acceder al sentido y mandamiento del imperativo: "seamos subjetivos; la subjetividad es la verdad". Como si dijera: la verdad y el ser verídico son una y misma cosa: un no caducable "modo de existir".

William Blake

Por SALOMON DE LA SELVA

= Envío del autor.—Nueva York, abril 25 de 1921 =

Para mi hermano Rogerio



1.—Extracto de mi diario de soldado

Otra vez la primavera! Dios es bueno; y en verdad la vida es bella y la tierra sagrada. El horror de la guerra que me hirió el alma con herida que creí incurable, hoy me parece pesada pesadilla imposible...

Flor pálida que recogí esta mañanita, yo no sé tu nombre ni tú sabes el mío, pero somos hermanos; por eso no quise dejarte en el campo sola, y te traje conmigo. Tu cuerpo de cinco pétalos me enamora y quiero poseerte. Yo como tú, nací hoy. Mis días pasados son raíces en el suelo Hoy soy flor. Y del mismo modo como yo te arranqué, así siento que una mano potente y encendida de amor me arranca de mi vida pasada y me lleva consigo. Yo a ti, y Dios a mí, los tres cómo nos queremos!...

Miro el cielo y no me parece cielo sino un arcángel de muchas alas de oro, vestido de azul, con velos blancos, cuya frente es luz que me deslumbra. Miro la tierra y no me parece tierra sino una virgen bella de tez trigueña que en su delantal va recogiendo cosas verdes y guijarros que brillan como piedras preciosas. Me miro a mí mismo y no puedo decir dónde mi carne acaba y el alma me principia, de tal modo este apasionado sentimiento de la belleza del mundo y de la bondad de Dios me ha espiritualizado por completo!...

Estas cosas, antes que yo las sintió William Blake. El alma de Blake está en el aire.

———

Entre las colinas de la Aurora (**Morn Hill**) y de Santa Catarina, en estas inmediaciones de Winchester, era, dicen algunos sabios, sin afirmarlo ninguno, la plaza de torneos de la corte de Arturo, rey inmortal en mil romances; y en una de estas cumbres se alzaban hace siglos las torres de Cámelot desde cuyo mirador más soberbio Ginebra viera venir, en una barca fúnebre que dirigía un anciano paje mudo, el cuerpo inerte, blanco como un lirio, triste como una lágrima, delicado y frío como un copo de nieve, de Iléin, la doncella de Ástolat, que murió de amor por Láncelot...

Pero por dónde corre el río en que flotara la dolorosa embarcación? En vano lo busco. Sólo encuentran mis ojos, como corriente turbia, el camino a la ciudad, repleto de soldados en kaki, yanques y británicos de todas las armas, que van y vienen del pueblo a sus barracas. Mi mirada, encantada de sol y de cielo y de tierra que reverdece, ve en estos soldados demonios con cuernos, colas y pezuñas odiosas: seres que matan, que hieren, que cometen sacrilegios contra la divinidad de la carne humana, destrozándola; seres que han permitido se les quite la libertad y la voluntad; esclavos, demonios, prole de Satanás, trasgos de la guerra, malditos!...

Estas cosas, antes que yo las sintió William Blake. El alma de Blake está en el aire.

———

Súbita, de entre la hierba, una alondra se alzó. Se alzó cantando y batiendo las obscuras alas nerviosamente; y cantando se perdió en la luz.

Oh, cantar loco y divino de la alondra, cómo me haces llorar! Prodigiosa canción nunca dos veces la misma, pero siempre hecha de las mismas notas vibrantes, candentes, dulces; miel de fuego que gota a gota cae en mi corazón; rocío de luz; collar de cuentas de música; letanía de amor; besos de virgen que por primera vez le da su boca a un hombre; infinita alegría que me traspasa de dolor!...

Oyéndote, el corazón de Shelley late en mi pecho. Oyéndote, el cerebro de Wordsworth se acalora de poesía en mi cabeza. Oyéndote, la melancolía mágica de Keats me vuelve humo la sangre. Oyéndote, me posee la locura de Blake, que estas cosas, antes que yo las sintió él. El alma de Blake está en tu canto y llena el aire.

———

Al anochecer, y ya en la noche, antes de tocar a retiro los clarines, escondidos pero no velados en las sombras, soldados de los ejércitos victoriosos y mujeres del pueblo, se entregan a placeres carnales en las orillas del camino...

Yo voy con el rostro encendido en vergüenza; pero comprendo que es mejor matar un niño en la cuna que criar en la carne deseos prohibidos.

La inmoralidad de los soldados no es obra de ellos, que han cedido su voluntad, sino resultado de su condición de soldados. La inmoralidad de estas mujeres, viudas lozanas, esposas con maridos ausentes, novias violadas antes de partir a Francia los batallones, cuyos prometidos jamás nunca volverán, necesitadas todas, también es obra de la guerra.

Oh, mil veces menos asquerosos y menos trágicos las trincheras, y el lodo perenne, y la sangre de los jóvenes en el cieno, y los muertos sin enterrar, y los ayes de los heridos, y los hospitales atestados de retazos de hombres, que este desperdicio de energía y de pasión!

Al lado de sus amadas estos hombres serían puros; en los brazos de sus prometidos estas mujeres fueran castas. Maldita la voz de mando que ordenó se separaran los que juntos hubieran sido buenos!

Mi indignación se ha ido fuera de mí como un león de melena encendida: loco de furia le ruge a las estrellas impasivas; bajo sus garras hace temblar los campos; la luna se ha cubierto con un manto de nubes por no verlo, y la antigua catedral se ha escondido en la misma sombra encubridora de pecados.

Misericordia, paloma arrulladora que anidas en mi pecho, sal tú también de mí, cuando los clarines hayan sonado y los soldados se apresuren a volver, abandonando a las mujeres sin pagarles. A esas pobres infelices llégate tú, y clávales en los ojos tu pico que fué un tiempo espina de la corona del Cristo, y haz que broten sus lágrimas. No permitas que se les estanque la amargura, que se les arraigue el dolor. Deja que

Un presente

Por P. M. M.

= De *El Sol*.—Madrid =

He aquí un presente que nos ha halagado. Es un libro muy breve y muy bien impreso. Autor, William Blake, el de las "Nupcias del cielo y del infierno". Traductor, Juan Ramón Jiménez. Escribir, para nosotros, es condensar cien páginas en cincuenta; luego, las cincuenta en veinticinco; luego, las veinticinco en diez; luego, las diez en una, y luego, en fin, esta que ha quedado en una frase de contorno puro, que sea alegría para siempre. Aunque este aforismo más parece de un grabador de medallas que de un hombre de letras, nuestra preceptiva lo hace suyo. Versos hay de Juan Ramón Jiménez que concentran libros, como el pomo de esencias del alquimista jardines lejanos. ¿Lejanos? Si nos preguntaran de pronto qué versos de Juan Ramón Jiménez aluden a su "ars" en poética, responderíamos que "La retreta de Laberinto", que fuga el tema de J. Laforgue: "La retraite sonne au loin".

Farolas rojas de la retreta de estío
entre los árboles nocturnos.
La quietud de las rosas se altera vagamente
bajo el inmenso plenilunio.
En la suntuosidad de la sombra serena
resuena el son marcial y agudo.
Los mágicos murmullos de la hora se apagan,
el grillo, la hora, el agua, el musgo.
Hay una fiesta móvil de fuegos de colores
en el cristal negro y profundo
del río inquieto, bello de barcos fantasmales,
sin marinos, cerrados, mudos.
Y entre el estruendo de tambores y clarines
solloza un llanto vago y músico,
fagot adolescente y anegado en la noche
tibia y romántica de julio.
Por los bosques distantes se despiertan los ecos,
y los rotos luceros húmedos
decoran tristemente, con ojos ideales,
el desfilar agrio y confuso.
La retreta se aleja. Tornan las rosas blancas
a perfumar el plenilunio.

(Pasa a la página siguiente)

maldigan a Dios con palabras, pero que no graben blasfemias en sus almas!

Estas cosas, antes que yo las sintió William Blake. El alma de Blake clama en el aire.

En mi lecho de soldado,—tres tablas y un colchón inmundo, de pajas secas, entre frazadas hediondas a sudores y a orines y cosas peores de quienes antes que yo se cobijaran en ellas, — me he echado a descansar. En la obscuridad de la barraca, los ruidos y los malos olores cobran forma. Son gnomos y espectros y duendes y quimeras que se me meten por los oídos y las narices y quieren afearme los pensamientos. Casi logran hacerme odiar a mis compañeros, y por ellos a la humanidad entera. Dios, qué feos son y fétidos los hombres!

Y estos piojos, jamás acabarán de chuparme la sangre!

Ven tú, Recuerdo, y líbrame. Dime, has estado en León de Nicaragua? Verdad que no ha cambiado mi ciudad? Sus antiguas calles empedradas, que han aflojado los siglos, y de aceras angostas, son como bocas de viejos contadores de cuentos, bocas de infirmes dentaduras y labios enjutos. Cuando pasa una carreta pesada, halada por bueyes pacientes, que viene del monte y trae leña y en la leña los olores del bosque; o cuando pasa un coche tembeleque, que nunca fué nuevo; o cuando pasa alguien haciendo resonar sus pasos en la calle casi desierta; o cuando pasa una perra flaca y tetuda, perra sin dueño, perra mendiga, perra prostituta, y tras ella, en un como desfile militar, seis, nueve, quince perros, y después se oyen sus aullidos, y las mujeres prohiben a los niños que se asomen; o cuando pasa, con luz de muchas velas de esperma y con un ruido tétrico de campanilla, el viático, y los hombres se descubren y las mujeres se arrebujan en sus rebozos, y todos se arrodillan y se persignan y rezan padrenuestros, y los muchachos hacen fiesta solemne llevando una candela y siguiendo al Señor en Su misión de misericordia; o cuando pasa en procesión de rogativa, porque no ha llovido, o porque cese la epidemia, Nuestra Señora de las Mercedes, en unas andas rudas que llevan al hombro unos hombres de camisa, hediondos a güaro, de paso desigual, que hacen bambolearse la imagen,—entonces las calles han hallado su lengua y me hablan. Oh, las historias que me cuentan! La tragedia de la vida, el horror de la muerte, la fealdad de la lujuria animal, y por sobre todo, la bondad infinita del cielo.

Y las campanas de Catedral! de la Catedral de León! Yo las he oído a cuatro leguas, camino de Poneloya, repicar alegremente al mediodía. Esa vez recuerdo que detuve el rucio para oír mejor, y busqué sombra y no la hallé sino escasa bajo un jícaro que estaba cuajado de orquídeas

Los árboles donde arraigan las orquídeas nunca son frondosos, pronto se secan y no dan sombra generosa.

Yo seguí rumbo al mar, para hablar con el mar, y menos me fatigaron el sol y el polvo que ese pensamiento. Desde entonces, Dios sabe cómo he luchado por no dejar que arraiguen ni en mi cuerpo ni en mi alma las orquídeas.

Las orquídeas son los malos deseos engañosos que florecen en la carne y nos chupan la sangre; son los malos pensamientos que nos agotan la voluntad.

Esto, antes que yo lo supo William Blake. El alma de Blake llena la noche y ha apartado al Recuerdo de mi lado.

Barraca de oficiales.
Winchester, Hants, Inglaterra.
Marzo, 1919.

y 2. — *Su locura*

William Blake nació en Londres, en donde residió la mayor parte de su larga vida, el 28 de noviembre de 1757, a mediados del siglo más fatuo, en poesía, de la historia literaria de Inglaterra, el siglo de Pope. Su padre, aunque mero mercader no muy acomodado, parece haber sido nada vulgar, pues tenía serias preocupaciones espirituales, indicio siempre de un elevado concepto de la vida que no hacen menos ni la pobreza ni la ignorancia ni la humildad del rango social a que se pertenezca, y había aceptado ardientemente las revelaciones de Emanuel Swedenborg; de modo que el pequeño William se crió en una atmósfera de misticismo propicia al desarrollo del carácter singular con que le dotara Dios. Era tan sensitivo e imaginativo de pequeño, sin por eso mostrar debilidad física ninguna, que sus padres prefirieron no enviarlo a la escuela, dándole en cambio, dentro de sus limitaciones pecuniarias, la educación más esmerada en casa; y por supuesto sus primeras lecturas serían trozos bíblicos y las sugestivas e inquietantes páginas del místico sueco que a la sazón estaba en su apogeo. Estas influencias no tardaron en dejarse sentir en el poeta niño; ya en 1765, a la edad de ocho años, decía ver a todas horas apariciones extraordinarias: Dios asomándose a la ventana de su aposento, los árboles del patio florecidos de ángeles; y más tarde, hasta su muerte que acaeció, en Londres también, en 1827, profetas, arcángeles, ángeles, demonios y las ánimas de poetas, de parientes y de amigos, se le aparecían de continuo y con ellos platicaba con mayor desenfado que con los vivos y en su compañía se paseaba por el campo, que en la ciudad se hacían menos distintos y familiares los espíritus, y a veces visitaba regiones del otro mundo, cielo e infierno. En por lo menos una memorable ocasión, dos de los profetas fueron convidados suyos. En una carta a su "queridísimo amigo", John Flaxman, escribía, bajo fecha de setiembre 12 de 1800, que,

> "Milton me amó en mi niñez y me mostró su cara; Ezra vino a mí con Isaías el Profeta, pero Shakespeare, en mi adolescencia, me tendió su mano; Paracelso y Behmen se me aparecieron; arriba en los Cielos se me han aparecido terrores: comenzó la Guerra americana; todos sus negros horrores pasaron ante mis ojos, rumbo a Francia, a través del Atlántico; entonces, envuelta en espesas nubes, comenzó la Revolución francesa; y mis Angeles me han dicho que viendo semejantes visiones, no podría subsistir en la tierra si no fuese por mi conjunción con Flaxman, que sabe perdonar mi nervioso temor".

La locura de Blake todavía se discute. Su personalidad literaria, de dibujante y de pensador, se ha impuesto definitivamente en el arte moderno y en las modernas corrientes filosóficas, y la idiosincracia de su genio ha sido tema de largas disquisiciones desde hace más de medio siglo. Tratemos de comprenderla.

Ya en 1800, cuando Blake tenía 43 años, el visionario se confesaba de temor nervioso; temor, que el miedo es otra cosa, aunque en su niñez las apariciones arrancábanle gritos de espanto. Partiendo de esta nerviosidad que tenemos sabida, ¿se debería ella a su locura o su locura a ella? Yo soy de opinión que la locura era la causa y no el efecto de su temor nervioso,—el efecto físico, como su gran poesía era el efecto intelectual.

Supongamos que errando por los mundos llegásemos a uno de tal manera constituído que fuese igual al que poblamos excepto solamente en que sus habitantes tuvieran cuatro sentidos en vez de los cinco nuestros, faltándoles el de la vista, pero estando los demás a tal grado refinados que les sirviesen pa-

Un presente...

(Viene de la página anterior)

Vienen llenas de azul, de ensueño y de deshora las vagas brisas de otros mundos.

¡Cuán distante, cuán distinta es esta voz del gran poeta de los ecos que la siguen y de los ecos de ecos y de tantas y tantas reminiscencias pálidas! Pero lo que hoy queremos insinuar es que ese verso que hemos glosado antes de ahora, "las vagas brisas de otros mundos", condensa un "ars" en poética". Quien no orea sus palabras con vagas brisas de otros mundos, quien no las hace venir del otro lado de la vida no es poeta y sí tan sólo un rapsoda o un simulador del que ni hablar se debe.

Gracias a Juan Ramón Jiménez por estas cuatro versiones de William Blake del "Arbol de verano", "El tigre", "La rosa enferma" y "El niño negro". El idioma del poeta de "Estío" y de los 'Sonetos espirituales" ha estado sobre el crisol, al fuego más tiempo que el del poeta de "Songs of experience". Uno, en todo caso, el español, ennoblece esta vez al otro. Para caracterizar la música de los líricos ingleses se los ha llamado hijos de arcángel y de sirena. En cuerda, metal o madera, William Blake ha encontrado en nuestro idioma, gracias a Juan Ramón Jiménez, la sinfonía que encontraba; pero buscaba aún en el suyo. Ni Dante Gabriel Rosetti, ni Swinburne honraron a su compatriota con más nobleza que ahora el andaluz universal, a quien agradecemos su cortesía rendidamente.

ra todo, hasta para distinguir los días de las noches, por una exquisitez del tacto, por ejemplo, que diferenciara los más sutiles cambios atmosféricos; en vista de lo cual estos ciegos viviesen su vida de un modo bastante completo y hasta adquiriesen gran sabiduría, en ciertas cosas superior a la que somos capaces, y se creyesen, en virtud de sus cuatro sentidos refinados, hábiles para llegar, valiéndose sólo de ellos y de la razón, a conocer todas las fases del universo. Entre estas gentes no nos sería imposible vivir y convivir; pero qué locos seríamos en su honrada opinión si se nos ocurriese afirmar que en virtud de un quinto sentido por ellos no poseído y que les fuese quizás incomprensible, sabíamos con certeza inquebrantable que por sobre la tierra se extiende un vasto campo, azul claro de día, por el que rueda una gran bola de oro que derrama colores infinitos, y negro o azul obscuro de noche, como una vasta tabla funeraria mantenida en su alto sitio por innumerables clavos de plata y de piedras preciosas.

La locura de Blake no era trastorno o insanidad, como no lo sería nuestra posesión de la vista en el mundo que acabamos de suponer. La locura de Blake era la facultad de la imaginación pura desarrollada en sentido y que obraba en él en conjunción con todos sus órganos sensorios. Un sabio francés de cuyo nombre me avergüenzo olvidarme, ha postulado la teoría, según leí hace pocos meses en una publicación americana, de que por toda la piel, íntimamente en relación con el tacto, posee el hombre un sentido visual no atrofiado, no extinto, sino olvidado, no educado, dormido. Y se me figura que el sentido de la superimaginación sufre en nosotros suerte análoga. De seguro, de niños, todos nos hemos valido de él hasta la edad en que comenzamos a tomar en serio la sabiduría mundana y a hacernos vanidosos de saber algo y a despreciar cuanto no acuerda con la experiencia vulgar, con la razón pedestre, con los libros de texto o con las pláticas de los enseñadores; sentido que después ya no sabemos cómo emplear y acaso perdemos por completo la mayor parte de los hombres, y que sólo de vez en cuando, en raros instantes de relampagueo, los escogidos vuelven, súbita y luminosamente, a poseer.

El más alto misticismo tiene sus raíces en este fenómeno de la imaginación aguzada y ampliada hasta convertirse en verdadero sentido; y así como la luz es el medio de la vista, ya que la visión material no es sino el discernimiento de grados y calidades de luz, la fe es el medio de que se vale la superimaginación activa. Blake, que bien sabía como le cotejaban de loco, sin que esto le preocupara o cohibiese, explica su caso con sencillez. En la ocasión en la cual sentáronse a su mesa Ezequiel e Isaías, habiéndoles preguntado Blake "cómo osaban aseverar tan rotundamente que Dios les había hablado, y si no habían reparado, al hacer semejante declaración, que la gente la iba a tomar a mal y a jugarles una mala partida, Isaías contestó:

—"No vi ni oí por medio de una finita percepción orgánica a Dios ninguno; empero mis sentidos descubrían lo infinito en todas las cosas, y entonces me persuadí, y estoy confirmado en esta creencia, de que la voz de la recta indignación es la voz de Dios. Poco me importaron las consecuencias, y escribí".

Entonces, continúa Blake, le pregunté si la firme persuación de que algo es una cosa hace que lo sea, y el Profeta contestó:

—"Todos los poetas creen que sí, y en las edades de la imaginación esta persuación podía remover montañas; pero muchos hay que no son capaces de tener una firme persuasión de nada".

Y Ezequiel dijo: "La filosofía del Oriente enseñó los primeros principios de la percepción humana. Algunas naciones sostuvieron un principio y otras otro, del origen de las cosas. Nosotros los de Israel enseñamos que el Genio Poético, así llamáis ahora al Genio Creador, era el primer origen y que todas las demás causas se derivaban de El; por lo que despreciábamos a los Filósofos y Sacerdotes de los otros países y profetizábamos que al fin se probaría como los Dioses todos tenían su origen en el nuestro y eran tributarios del Genio Poético. Era esto lo que nuestro gran Rey David anhelaba con tanto fervor e invocaba tan patéticamente, diciendo que en virtud de esa fe triunfaría sobre enemigos y gobernaría reinos; y de tal modo amábamos a nuestro Dios que en Su nombre maldecíamos a todas las deidades de las naciones circunvecinas y declarábamos que se habían rebelado. Por cuales opiniones el vulgo llegó a creer que todas las naciones serían al fin súbditas de los judíos".

—"Lo que, continuó el Profeta, como todas las firmes persuasiones se ha realizado; porque todas las naciones creen en el Código de los judíos y adoran al Dios de los judíos; ¿y qué mayor subyugación puede haber?"

Oí esto algo maravillado, dice Blake, y debo confesar que quedé convencido. Después de la comida le pedí a Isaías que favoreciera al mundo con algunas de sus obras perdidas, mas dijo que ningún libro suyo de igual valor a los que se conservan se había perdido. Ezequiel confesó lo mismo respecto de su obra.

También le pregunté a Isaías, prosigue Blake, qué era lo que le había hecho andar descalzo durante tres años.

—"Lo mismo que a igual costumbre movió a nuestro amigo Diógenes, el griego", contestó.

Entonces le pregunté a Ezequiel por qué había comido estiércol y por qué había yacido tanto tiempo ora de un costado, ora del otro. Me respondió:—"El deseo de elevar a los demás hombres a una percepción del infinito: esto lo practican las tribus salvajes de Norte América; a mí me movió a ello mi genio, ¿y puede ser honrado aquel que se resiste a su genio o conciencia sólo por el regalo actual, por una presente comodidad o gratificación?"

Así reza, íntegramente, la segunda **Memorable Fancy** (Fantasía memorable) de **The Marriage of Heaven and Hell** (El consorcio del Cielo y el Infierno) de Blake, el más discutido y admirado de sus libros en prosa, en el cual su ingenio y su sabiduría retozan a sus anchas en el terreno visionario de Swedenborg, en quien Blake había dejado de creer hacía tiempo, pero cuya influencia literaria, en el modo de expresarse por revelaciones, no había desechado y nunca desecharía. **The Marriaga** es fruto de sus treinta y tres años. Convencidos de lo que era la locura de Blake, volvamos a la mocedad de este místico tan serio y tan sincero, tan poeta y artista, tan meticuloso y descuidado a la vez, siempre tan regocijado y a veces, como cuando ataca a Swedenborg en **The Marriage,** tan burlón.

Nueva York, 1921.

DOS IDEAS SALVADORAS

Parcelación de la tierra y parcelación de la máquina

= De *Diario de Madrid*.—Madrid =

Rondan por el mundo dos ideas salvadoras. Una ha echado raíces en Oriente. La otra se está ensayando en Occidente. El Japón es el que ha aplicado la primera. Mussolini ha puesto en circulación la segunda, deformada.

La causa fundamental de nuestros males económicos es la creación en la humanidad de deseos no esenciales que la repetición hace necesidades. El deseo de adquirir siempre cosas nuevas nos ha hecho consumidores de toda mercancía imaginable. Esto espolea más y más la producción. Surgen fábricas, chimeneas, rascacielos, grandes núcleos urbanos. Así se va creando una humanidad sin raíces, una humanidad viciada, sin principios ni responsabilidad personal.

Ocurre entonces un fenómeno difícil de explicar. Por una u otra causa nos invade la desgana. Hay demasiado que comprar y pocas ganas de hacerlo. Cunde el desaliento y la crisis. Millones de seres sin trabajo, aglomerados en las ciudades. Seres que se desmoralizan más y más, que se depauperan y pierden para la raza y para la nación. Una gran fábrica cierra sus puertas: este solo hecho basta para que miles se queden sin pan. ¿Cómo ha de haber seguridad en un mundo así?

¿Y cómo resolver el problema sin destruir los fundamentos de la sociedad actual? Dos parecen ser los caminos fundamentales: la fragmentación de la máquina y la redistribución de la población en pequeños caseríos, en múltiples

granjas pequeñas, en núcleos reducidos.

Veamos los ensayos. Ninguno de ellos es perfecto. Más aún: contiene elementos que destruyen o anulan la idea básica.

Cierto que el Japón ha fragmentado la máquina, aunque no como producto de un plan económico, sino por una necesidad. En el Japón perdura un sistema económico medieval. Los productores están repartidos en pequeños núcleos patriarcales por todas las islas. Sólo Osaka tiene algunas grandes fábricas. El Japón no ha tenido, pues, que enviar gente de la ciudad al campo. Lo que ha hecho es repartir esos grupos de artesanos conforme a las condiciones agrícolas; los que trabajan la seda viven en las regiones donde se produce; las fábricas de algodón están en las regiones algodoneras, y así sucesivamente. Esto ahorra gastos de transporte. El hombre continúa en comunicación con la tierra, y los alimentos, que van directamente de la tierra a la despensa, le dan fuerza y vitalidad.

El Gobierno japonés, en combinación con los cuatro grandes señores de la economía nacional, se ha ocupado de distribuir a los múltiples grupos de artesanos energía eléctrica a muy bajo precio y minúsculas máquinas, adaptables a los pequeños talleres. De modo que, en vez de aglomerar miles de obreros en una sola fábrica, miles de máquinas se distribuyen por todo el país. Esto hace imposible la aglomeración de hambrientos en las grandes ciudades cuando sobreviene una crisis. Los miles de grupos de artesanos diseminados trabajan con sus pequeñas máquinas para los cuatro grandes acaparadores y distribuidores de productos. Lo grave es que estos acaparadores tienen en sus manos toda la maquinaria del Estado, pueden decidir sobre la guerra y la paz, y agotan los recursos de su país en un enorme aparato bélico de conquista. La pequeña máquina es una idea salvadora; pero el gran monopolio de esas maquinitas y de los medios de distribución hace que la nación entera dependa de menos de media docena de hombres.

Los países superindustrializados no pueden así, de golpe, adoptar la pequeña máquina. Los intereses de la gran máquina se oponen. No ocurre lo mismo en países industrialmente atrasados, como España. La aplicación de la pequeña máquina sería aquí mucho más fácil. Sólo falta el impulso director.

La parcelación de la máquina debe llevar consigo la parcelación de la tierra. Lo primero acaba con los males de las grandes fábricas; lo segundo, con los males de la gran propiedad. Lloyd George está pidiendo pequeñas granjas. Si el hombre con familia no puede decir "después de mí, el diluvio", el hombre con un pedazo de tierra, aperos y casa, no puede ser ni un revolucionario ni un depauperado por el hambre. Además, la vuelta a la tierra, a las pequeñas comunidades, pondrán fin a toda la podredumbre de las grandes ciudades. Con este propósito se ha ordenado en Alemania que todos los niños y niñas pasen un año en el campo al salir de la escuela elemental. El campo vigoriza por dentro y por fuera; pero ha de ser el campo urbanizado, por así decir, la comunidad pequeña, con sus principios morales, familiares y económicos. No el campo como mero lugar de recreo o deporte. Mussolini quiere que toda familia italiana tenga por lo menos un miembro establecido en el campo.

Pero ni Mussolini, ni Hitler, ni Roosevelt se han atrevido a hacer una nueva redistribución de la propiedad para crear pequeños núcleos de familias racionalmente distribuídos y en los cuales el agricultor viva al lado del pequeño industrial, auxiliado éste por la pequeña máquina y por fuerza motriz barata, que es la idea salvadora en su expresión primitiva.

Lo que se hace en Italia, y sobre todo en Alemania, es algo muy distinto a lo que pide Lloyd George. Lo que se hace tiene un fin militar, y racial, antes que económico. Las intenciones de Rust, ministro de Educación de Alemania, al sacar al campo 22.000 niños prusianos durante el primer año de ensayo, es hacer de esos niños buenos soldados y buenos nacionalistas del mañana.

Pero eso demuestra la necesidad de la vuelta al campo, no para hacer soldados, sino para hacer trabajadores sanos, útiles y normales. Si es verdad, como parece, que el sistema dominante ha fracasado, y que sólo es posible apuntalarlo, la solución no puede ser otra que la parcelación de la tierra y la parcelación de la máquina, con la consiguiente redistribución de la población.

Tales son, al menos, las ideas que circulan, más o menos completamente, por cierto sector de descontentos.

Teoría del avestruz

(Los políticos de por acá, parecidos a los españoles)

= De *El Sol*.—Madrid =

Es posible que lo que mejor caracterice a los políticos españoles sea su total falta de imaginación. La imaginación es una facultad del espíritu que permite ver anticipadamente con los colores y el relieve que tendrán cuando de veras lleguen las cosas—seres, acontecimientos—que todavía están en camino, pero que han de llegar, hágase lo que se haga, por modo inexorable. Esta incapacidad de representarse a lo vivo los sucesos futuros no es mengua de inteligencia, aunque a veces lo parezca y, lo que ya es más grave, a veces actúe como tal. Se sabe que las cosas van a ocurrir; pero si sus imágenes se presentan desunidas y sin fuerza, se acaba pensando que, dada su escasa vitalidad, acaso mueran en el camino, o que su influencia, si de todas formas llegan, no será tanta como dicen. No se trata aquí para nada de la fantasía creadora de monstruos, o de castillos, o de paraísos, que es cualidad de poetas; no. Es sencillamente que el político español, frente a unos datos exactos, precisos, rigurosos, cuyas consecuencias, igualmente rigurosas, precisas e inevitables, conoce, obra por incapacidad de representárselas con viveza, como si los datos fueran falsos y sus consecuencias ilusorias. En otras palabras: el político español no tiene mañana. El mañana no existe para él. Su vida es un verbo irregular que sólo conjuga el presente de indicativo: "hago", "como", "mando"... Hecho todo de presente, el político español toma ante los sucesos desagradables la postura que las fábulas zoológicas atribuyen al avestruz en situaciones semejantes. Cierra los ojos y rubrica una fórmula: "Lo que no se ve no existe". El éxito inmediato suele acompañarle, porque, hasta cierto punto, la fórmula es valedera y no faltan filósofos que la defiendan; pero dura poco y trae amargos despertares. ¿Cuánto no se ha hecho así en la República? ¿Cuánto no se sigue haciendo?...

...Constante tejer, a sabiendas de que se deshilará lo tejido, es la política española. Mal hilo, roñosas lanzaderas y floja voluntad de tejedores, nos hacen pasar la vida remendando agujeros. Verdad es que hemos adquirido tan singular destreza para quitar de un sitio y poner en otro, que con lamentaciones hamletianas podríamos decir que el hilo que sirvió para el faldón de la chaqueta sirve ahora para los bajos de los pantalones, y el estambre que pespunteó el borde de los bolsillos del chaleco sirve luego para confeccionar una pretina. ¡Y el hilo, siempre tan contento de ser útil, y el surcido tan satisfecho de su trabajo, y tantas recompensas para ambos, y el país siempre vestido, cierto, pero siempre desnudo!

Y todo, volvamos al principio, por falta de imaginación; que hace creer que la vida no admite espera, que desmenuza el gran drama de la existencia nacional en pequeños y manejables fragmentos cotidianos; que da todas las noches la angustia de la muerte y trae todas las mañanas la imagen de una nueva vida, en la que, por nueva, hay que adoptar nuevas posturas, sin miedo a que parezcan rectificaciones, o contradicciones, o mentís a las del día de antes. Por esta causa, el político español apenas conoce el remordimiento, tiene siempre razón, está saturado de aplomo y de confianza en sí mismo, y es tan malo para amigo como para adversario.

Y pelear con él constituye el mayor trabajo que el ejercicio político da a las ilustres excepciones a esta regla.

En unas chozas, en unos bohíos, tuvo principio la más formidable cruzada que ha peleado en América el espíritu de caridad contra la rapaz violencia de la voluntad de poder. Tres hombres la iniciaron, tres hombres pálidos de ayuno, endurecidos en la penitencia, ardientes en la oración y en las obras de misericordia. En aquellas chozas establecieron aquellos tres hombres, hacia setiembre de 1510, la comunidad de predicadores. Los franciscanos les habían precedido, estableciéndose en tres ciudades de la recién conquistada Isla Española. Pero los dominicos no podían hacerse esperar: la ciudad donde se asentaron, que sólo tenía catorce años de fundada, llevaba el nombre del patrono de su Orden.

De esta Orden, docta y activa, debía esperarse prédica y enseñanza. Pero a sus primeros representantes en el Nuevo Mundo los dominaba el espíritu de caridad. Eran ellos: Fray Pedro de Córdoba, Fray Antonio de Montesinos, Fray Bernardo de Santo Domingo. Fray Pedro, el jefe de la comunidad, estaba apenas en sus veinte y ocho años. Era alto y hermoso de presencia, manso y firme de conducta; habría sido sabio, si los ayunos y mortificaciones no lo hubieran debilitado, obligándolo a limitarse en el estudio. Fray Antonio, enérgico y fervoroso, predicador encendido. Fray Bernardo, hombre de lectura y de meditación, ajeno a las malicias del mundo. Poco tiempo después se les unió "el inventor de esta hazaña", el que en Castilla había concebido la idea de traer al nuevo mundo la comunidad de dominicos, Fray Domingo de Mendoza. Era hombre de muchas letras, de familia eminente en la iglesia española: hermano de Fray García de Loaisa, después cardenal arzobispo de Sevilla y presidente del Consejo de Indias. Con él vinieron diez o doce frailes escogidos. Al desenfreno y licencia de la incipiente colonia ofrecieron en contraste su vida austera, habitando en chozas, durmiendo sobre paja, probando muy raras veces el pan de trigo, o la carne, o el vino, sustentándose de hojas, de raíces, de las tortas de casabe de los indios.

La Isla Española estaba destrozada por el desorden de la conquista. La aventura del Nuevo Mundo estaba todavía incierta, enigmática; desvanecidas, al parecer, las promesas de gloria y de esplendor: sólo se conocían tierras pobres en metales y en piedras preciosas, habitadas por pueblos agricultores y pescadores, de culturas sencillas. Atravesaban el mar los inquietos y los ávidos, sobre quienes pesaban poco la norma ideal o siquiera el escrúpulo. De

Casa de Apóstoles

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

= Envío del autor.—De La Nación, Buenos Aires =



En Santa Anita
Talla en caoba policromada por *Roberto de la Selva*

ellos, hubo quienes se levantaron hasta la hazaña épica cuando el hallazgo de imperios fabulosos los convirtió en caudillos, exaltó en ellos poderes insospechados. Pero ahora, en el espacio estrecho de las islas, donde Hernán Cortés estaba de escribano de pueblo y Núñez de Balboa abrumado por las deudas, se desangraban en mezquinas banderías. Duró tanto el malestar, que todavía en 1520 el humanista italiano Alejandro Geraldino, obispo de Santo Domingo, se queja en su blando latín de las rencorosas divisiones que envenenan a sus diocesanos.

La única riqueza la encontraron en el indio: la agotaron en pocos años. Aquellos indígenas isleños le parecieron a Colón amadores del prójimo como de sí mismos; Pedro Mártir, recogiendo con fina curiosidad las descripciones que de ellos le hacían los descubridores al regresar a Europa, pintó su vida como una edad de oro, en que todas las cosas eran comunes y todas las relaciones humanas pacíficas y benévolas: descripciones que impregnaron la imaginación de Europa con la noción de la bondad ingénita del hombre en el estado de naturaleza. Pero este indio de la edad de oro, este salvaje virtuoso, era sólo el arahuaco de las Bahamas, de Cuba, de Santo Domingo, de Puerto Rico, de Jamaica; no el caribe de las Islas de Barlovento y de la Costa Firme, cuyo nombre es todavía en las Antillas símbolo de ferocidad. Y el indio a quien se explotaba en 1510 era el arahuano.

¿Qué sucedió, en verdad, con esos indios isleños? Acogieron con asombro y sonrisa a los descubridores; hubo trastornos: hicieron pocos, débiles intentos de resistencia; quedaron vencidos, y se sometieron. Pero el trabajo y el rigor que se les impusieron los aterraron. Entonces ocurre la extraña catástrofe que tal vez sólo pueda explicarse como suicidio colectivo. Todos los cronistas coinciden en los hechos, desde Las Casas, el defensor, hasta Oviedo, el enemigo, quien dice que "muchos dellos, por su pasatiempo, se mataron con ponçoña por no trabajar, y otros se ahorcaron con sus manos propias, y a otros se les recrescieron tales dolencias... que en breve tiempo los indios se acabaron". Al fin, sólo sobrevivieron los que salvó la rebelión de Enriquillo. Hasta Juan de Castellanos, que sólo podía hablar de recuerdos que le contaron ("como me lo contaron os lo cuento", advierte):

> Pueblos pudieras ver sin moradores,
> que todos los dejaban y huían...

Para atajar el desastre, los frailes dominicos emprenden su cruzada Es el milagro español: España, única en especie de pueblos conquistadores, engendra juntos al hombre de la violencia y al hombre de la caridad. Este hombre de la caridad no es el misionero que va tras el hombre de empresa y santifica las usurpaciones y aplaude el éxito material, declarándolo premio a la virtud; es la encarnación de la conciencia moral, que dice al conquistador: no tienes derecho a la esclavitud de tu hermano; al hermano salvaje te liga el deber: el deber de enseñarle el camino de la verdad. Como Grecia es el primer pueblo que discute la esclavitud, España es el primer pueblo que discute la conquista

En diciembre de 1510 comienza el inmortal episodio: el cuarto domingo de adviento sube al púlpito Fray Antón de Montesinos, en la iglesia mayor provisional de la ciudad, y tomando como texto las palabras del Bautista. "Yo soy la voz que clama en el desierto", se declara voz de Cristo para llamar a los conquistadores hacia los caminos del bien; con acento inflamado, con imágenes pavorosas, les pinta el pecado de aquella opresión que es exterminio de los indígenas, los conmina a implantar un régimen humanitario. El virrey almirante, los funcionarios, los encomenderos todos, lo oyen abrumados. Pero calla el predicador y pronto calla la conciencia; hablan los intereses: reclaman la retractación... Fray Pedro de Córdoba, con mansa energía, les declara que el sermón de Fray Antonio es primicia del acuerdo de toda la comunidad. Se conviene en que, al domingo siguiente, el

P. Montesinos se explique mejor. Y el sermón nuevo toma como texto palabras de Job: "Reiteraré mi doctrina desde su principio y probaré que son mis razones sin mentira"... La cruzada está en marcha; ha de durar cincuenta años. Triunfará en las leyes; en ocasiones, el espíritu humanitario de las leyes llegará hasta los hechos.

En 1510, en los días en que llegaban los dominicos a la Isla Española, se celebraba en la ciudad de la Concepción de la Vega Real la primera misa nueva del Nuevo Mundo: el misacantano se llamaba Bartolomé de Las Casas. El virrey almirante estaba visitando la Vega, con su mujer Doña María de Toledo, emparentada con los Reyes Católicos, y allí fué, a llevarle noticia de la llegada de la comunidad de predicadores, Fray Pedro de Córdoba. Hizo a pie, desde Santo Domingo del Puerto, más de treinta leguas de posta: tranquilos como los indios que los abrieron, le eran favorables los caminos, "donde no hay ofidiano ponzoñoso ni felino feroz: tampoco hay buitres". El apóstol iba "comiendo pan de raíces y bebiendo agua fría de los arroyos, que hay hartos, durmiendo en el campo y montes, en el suelo, con su capa a cuestas". Su ascetismo juvenil, su gravedad y sosiego, impresionaron hondamente a los virreyes. Predicó a los españoles; predicó luego a los indios que ya entendían español; por primera vez se hacía. Bartolomé de Las Casas, el nuevo sacerdote, cayó bajo su sortilegio. Sin saberlo aún, quedó ganado para la cruzada de los padres predicadores; con el tiempo se suma a ella, y cuando mueren Fray Pedro y Fray Antonio la prosigue solo, hasta el cabo de sus noventa años, indomable Quijote de la fraternidad humana.

Al mediar el siglo XVI, para descanzar de andanzas y viajes, el P. Las Casas, fraile dominico desde 1523, se retira al convento fundado por sus maestros en caridad. Allí prosigue la cruzada, escribiendo. El convento dejó de ser la choza que el buen vecino Pedro de Lumbreras prestó a Fray Pedro de Córdoba: era de piedra labrada, "suntuoso y muy grande", según noticias que habían llegado a oídos del cronista de Indias Juan López de Velasco; en él se daba enseñanza universitaria.

A principios del siglo XIX el convento se arruinó; después se derribaron las ruinas. Queda en pie el magnífico templo, gótico en su nave, Renacimiento en la fachada, como todas las iglesias de la época en la ciudad: la Catedral, la Merced, la Regina Angelorum, el Carmen, Santa Bárbara, San Francisco de Asís, San Nicolás: es la más antigua forma de construcción española en América, y allí se ve en su plenitud. Sorprende, en una de las capillas, la estupenda ornamentación astronómica. Como en toda la ciudad, los altares son de época muy posterior a la de los edificios: interesantísimas obras barrocas del siglo XVII o del XVIII. Dos lamentables innovaciones, que todos los templos han padecido allí en el siglo XX: el zócalo de azulejos, donde se debió imitar siquiera los pocos de tipo arcaico que existen en Catedral; las imágenes de pasta, de producción en masa, con que la devoción moderna ha querido reemplazar las irreemplazables esculturas de madera, perdonando sólo ejemplares célebres como el Jesús Nazareno de la Iglesia del Carmen y la Mater Dolorosa de la Catedral.

Aquel convento albergó figuras egregias. Allí se inició en la predicación, novicio todavía, Fray Alonso de Cabrera, singular orador y maestro de la prosa castellana. Allí se educó, o allí vivió, Fray Alonso de Espinosa, uno de los más antiguos escritores de América. De allí salieron los primeros mártires que en América tuvo la Orden: indios de la Costa Firme les dieron muerte para vengar al cacique que unos aventureros españoles les robaron. Uno de los mártires fué el doctor Fray Francisco de Córdoba, paisano de Fray Pedro; otro el arrepentido pecador Juan Garcés, fraile lego, que en la Española, de seglar, mató a su mujer y torturó indios.

La casa de los apóstoles fué el vivero de la Orden, durante largos años, para toda América: en ella se ejercitaron muchos que habían de ser prelados y fundadores de conventos en Cuba, en Puerto Rico, en Venezuela, en México, en la América Central. De esos fueron Fray Tomás Ortiz, futuro obispo de Santa Marta, y Fray Domingo de Betan-

Libros y Autores

(Registro bibliográfico titular de los libros y folletos que se reciban de los autores y de las Casas editoras).

Saludemos al editor Arturo Zapata, de Manizales, Colombia, que nos da gusto con el envío de este libro:

Gregorio Castañeda Aragón: ***Pueblos de allá.*** España, Francia, Italia.

De C. Sabat Ercasty: *El demonio de Don Juan.* (Poema dramático). Montevideo. Editor: Maximino García.

Con el autor: Lauro Müller 2068 Montevideo. Uruguay.

El N.º 58 del Vol. IX del excelente mensuario quiteño ***América*** es un homenaje a San Francisco de Quito.

Con estudios de Augusto Arias, Alejandro Andrade Coello, Luis F. Torres, Remigio Crespo Toral, y tantos buenos escritores como el Ecuador tiene.

Señas: ***América.*** Casilla 75. Quito, Ecuador.

El último libro de Pío Baroja, editado por ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1935:

Vitrina pintoresca.

(40 escrituras breves)

Un libro que muy de cerca nos toca, también editado por ESPASA-CALPE, S. A. Madrid. 1935:

El problema de la lengua en América. Por Amado Alonso.

Capítulos: El problema argentino de la lengua. Ruptura y reanudación de la tradición idiomática en América. Preferencias mentales en el habla del gaucho. Hispanoamérica, unidad cultural

---

Envío de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Venezuela:

Archivo del General Miranda. Tomo XIV. Revolución Francesa. Caracas. 1933.

Partes: Cartas interceptadas: 1792-1793. Miscelánea: 1792 a 1797. Impresos y grabados: 1792 a 1797. Apéndice de cartas: 1792 a 1801.

Los asuntos interesantes:

Baltazar Isaza y Calderón: ***El retorno a la naturaleza.*** Los orígenes del tema y sus direcciones fundamentales en la Literatura española. Madrid. 1934.

Tesis doctoral presentada a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. en octubre de 1933.

T. Esquivel Obregón: ***Orígenes políticos del Socialismo contemporaneo.*** México. 1935.

Publicaciones de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación correspondiente de la de España.

Con el autor: Av. 5 de Mayo, 32, Dep. 406. México, D. F.

Envíos de Guillermo Jiménez:

Historia de la antigua o Baja California. Obra póstuma del Abate Francisco Xavier Clavijero, de la Cía. de Jesús. Trad. del italiano por el Pbro. Don Nicolás García de San Vicente. México. 1933.

Los Totonaca. Contribución a la etnografía histórica de la América Central. Por el Dr. Walter Krickeberg, del Museo Etnográfico de Berlín. Trad. del alemán por Porfirio Aguirre, Prof. de Arqueología del Museo Nacional. México. 1933.

Ambas, publicaciones del Museo Nacional (Secretaría de Educación Pública).

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas

zos, primer provincial de México, que alcanzaron la edad heroica de las chozas, de los bohíos; Fray Tomás de Berlanga, después obispo de Panamá; Fray Tomás de Torre, fundador de convento en Chiapas, que en Santo Domingo había estado a punto de morir a manos de encomenderos irritados por sus sermones; Fray Pedro de Angulo, el famoso acompañante de Las Casas, gran evangelizador, fundador de comunidades en Guatemala y Nicaragua.

Desde 1538, los frailes del Convento de Santo Domingo obtuvieron bula pontificia para erigir en universidad su colegio. Qué sucedió después, no se sabe: faltan documentos y datos. Pero a principios del siglo XVII aquella universidad estaba floreciente; a causa de ella, dice la leyenda colonial, se llamó a la ciudad "Atenas del Nuevo Mundo". Hacia mediados del siglo vino a quedarle como subordinada la otra universidad, de origen laico, que la ciudad poseía, establecida con bienes de Hernando de Gorjón, mediante autorizaciones de la corona que comienzan en 1540: el pueblo la llamó siempre "el Estudio".

La Universidad de los dominicos impera, atrayendo estudiantes de todas las tierras vecinas, hasta que, en el siglo XVIII, los jesuitas erigen en universidad su colegio y recaban para sí los privilegios del Estudio de Gorjón. Con la expulsión de la Compañía de Jesús, en 1767, la Universidad de los dominicos, ahora laica en parte, vuelve a imperar sola. Atrae siempre estudiantes de las Antillas y de Venezuela, por más que entre tanto se han fundado las Universidades de La Habana y de Caracas. Cuando al fin se extingue, en 1823, entre los trastornos de una invasión extranjera, su influencia sobrevive largos años en la obra de sus hijos.

Dos poemas de William Blake

= *Versiones de SALOMON DE LA SELVA.—Envío del traductor. 1921* =

A LA PRIMAVERA

¡Oh tú, el de los rizos húmedos de rocío,
que a través de las claras ventanas de la aurora
miras al mundo, vuelve tu mirada de ángel
hacia la isla nuestra occidental que entona
tu loa a pleno coro, primaveral espíritu!

Ya las colinas dícenselo las unas a las otras
y los atentos valles escúchanlo: Ya todos,
con ojos que el anhelo magnifica, te imploran:
¡El radiante palacio en donde habitas deja
y tus sagradas plantas visiten nuestras costas!

Por sobre las colinas del sol naciente acércate:
Permite a nuestros vientos que te besen la ropa
perfumada: Tolera que probemos tu aliento
de amanecer y ocaso, y aforna con tus joyas
a nuestra tierra, viuda de ti ya tantos días.

Enferma de amor es: ¡Oh, dios, tú con tus propias
manos tibias apréstala: Con suaves besos cúbrela:
Exalta sus caídas sienes con tu corona
hecha de oro del sol: Que ella por ti las trenzas
modestas de doncella se alzó, y está de bodas!

AL VERANO

¡Oh, tú, que por los valles de nuestra tierra cruzas
revestido de fuerza, rigiendo fieros potros:
Refrénalos! ¡Amaina los calores
que respiran henchidas sus narices de oro
flamígeras! Verano, muchas veces tu áurea
tienda plantaste aquí, en nuestros ortos:
Muchas veces dormiste la siesta ensoñadora
a la sombra leal de nuestros nobles olmos:
Y mientras tú dormías
con cuánto regocijo mirábamos nosotros
la armonía perfecta de tu cuerpo y palpábamos
tus floridos cabellos! En el dulce reposo
que la tupida sombra de nuestros bosques brinda
muchas veces te oímos al paso del sonoro
carro del mediodía. Verano, ahora, cabe
los manantiales frescos, o sobre los musgosos
lechos de nuestros valles, al margen de algún claro
río que tú prefieras, desvístete de todo
y arrójate a la linfa desnudo, que te aman
nuestros valles así, Verano esplendoroso!

Aun más que los del sur nuestros poetas
alcanzan fama: Tañen cuerdas de plata y oro.
Y más osados son nuestros mancebos
que los del sur también, de más arrojo.
Y son más bellas las doncellas nuestras
en las ágiles danzas de numerosos coros.
Ni canciones nos faltan, ni instrumentos,
con qué cantar y armonizar los gozos,
ni dulces ecos, ni aguas que reflejen,
claras, el cielo claro, con celestiales ojos,
ni para nuestras frentes alzadas los laureles
contra el fatal aliento del bochorno.

Salomón de la Selva

Nueva York, junio de 1921

TO SPRING

O thou with dewy locks, who lookest down
Thro' the clear windows of the morning, turn
Thine angel eyes upon our western isle,
Which in full choir hails thy approach, O Spring!

The hills tell each other, and the list'ning
Valleys hear; all our longing eyes are turned
Up to thy bright pavilions: issue forth,
and let thy holy feet visit our clime.

Come o'er the eastern hills, and let our winds
Kiss thy perfumed garments; let us taste
Thy morn and evening breath; scatter thy pearls
Upon our love-sick land that mourns for thee.

O deck her forth with thy fair fingers; pour
Thy soft kisses on her bosom; and put
Thy golden crown upon her languish'd head,
Whose modest tresses were bound up for thee.

TO SUMMER

O thou who passest through our valleys in
Thy strength curb thy fierce steeds, allay the heat
That flames, from their large nostrils! thou, O Summer,
Oft pitchd'st here thy golden tent, and oft
Beneath our oaks hast slept, while we beheld
With joy thy ruddy limbs and flourishing hair.

Beneath our thickest shades we oft have heard
Thy voice, when noon upon his fervid car
Rode o'er the deep of heaven; beside our springs
Sit down, and in our mossy valleys, on
Some bank beside a river clear, throw thy
Silk draperies off, and rush into the stream:
Our valleys love the Summer in his pride.

Our bards are fame'd who strike the silver wire:
Our youth are bolder than the southern swains:
Our maidens fairer in the sprightly dance:
We lack not songs, nor instruments of joy,
Nor echoes sweet, nor waters clear as heaven,
Nor laurel wreaths agains the sultry heat.

William Blake

(De *Poetical Sketches*.—Londres, 1783.)

EDITOR: J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

EN EL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL PADRE GOICOECHEA

Los poetas

Antonio de Paz y Salgado — Antonio Liendo y Goicoechea

= Capítulo XXIX de la *Historia del Desenvolvimiento Intelectual de Guatemala*, escrita por el Dr. RAMON A. SALAZAR.—Tomo I. *La Colonia.* Págs. 202-205.—Guatemala. Tip. Nacional, 1897. =

(*Véase la entrega pasada*)

No faltaron durante la colonia espíritus risueños. Se habla de un don Joseph Alejandro Mencos, que tenía una imaginación muy feliz y que ha dejado fama de hombre espiritual, que compuso algunas piezas poéticas, de las que no conozco ninguna.

Don Antonio Paz y Salgado sirvió en la audiencia de Guatemala en concepto de letrado. Algún biógrafo entusiasta de este ingenio lo compara por sus gracias con Quevedo. Descartando lo que en ello puede haber de exagerado, no puede negarse que hay alguna pimienta en sus composiciones, haciendo caso omiso del gongorismo de ellas.

Afortunadamente he podido salvar de los destrozos de la polilla un librito de 135 páginas que lleva este curioso nombre:

El mosqueador añadido o avanico con visos de espejo, para ahuyentar y representar todo genero de tontos, moledores y majaderos.

De él es el siguiente soneto:

Más quisiera que un toro me embistiera,
Que una mula cerril me derribara
Que un trueno me aturdiera y espantara
Y que una calentura me venciera.

De cornadas ningún caso hiciera,
Ni caída, ni patada me matara,
Relámpago, ni rayo me asombrara,
Ni aun con la fiebre ardiente me muriera;

Nada fuera capaz de que a mi brío
Se opusiera; ni aun el mal postrero
De la muerte temiera en desafío;

Impávido estuviera, y siempre entero
El valor se portara como el mío,
Y sólo me asustara un majadero.

El lector juzgará por el soneto preinserto de la mayor o menor espiritualidad de Salgado. Su prosa, como ya lo indiqué es pedantesca; pero con un poco de paciencia y otro de buena voluntad se le puede extraer jugo. Hay páginas en su extraño librito que tienen salero.



Madera de *Max Jiménez*

El padre Goicoechea ha dejado también fama de haber sido un hombre chispeante. Sus frases y agudezas corren de boca en boca; mas nada hay escrito sobre ellas, ni composiciones largas que revelen el genio de nuestro Fontenelle. Tampoco, hasta ahora que yo sepa, se había conocido ninguna composición en verso de él. Yo he encontrado la que sigue, que inserto por lo que valga. La persona que firmaba con las iniciales J. T. de C nos es desconocida.

SOBRE EL PERDON DE LAS INJURIAS

Como al leño que viéndole encendido
Por el lado que no arde le cogemos,
Al enemigo así tratar debemos
Por el extremo suave y comedido:

Que si él endurecido
Despreciare altanero
Nuestro amor verdadero,

Nos queda el solidísimo contento
Que si le daña el odio que conserva,
Amarlo nos mejora y nos preserva.

Mas siempre es necesario, en mi concepto,
Para que nuestra acción resulte buena,
Amarle porque Cristo así lo ordena
Con palabras formales de precepto:

No nos mueva otro afecto
Que aquel que profesamos
Al gran Dios que adoramos,

Que a pesar de la sangre y de la carne,
O del vano amor propio el estallido,
Ser quiere en lo que manda obedecido.

Fuera de esto es tan poca la amargura
que encierra la obediencia a tal mandato,
Que será un insensible, un mentecato,
Quien no la encuentre llena de dulzura:

Puede la criatura
Pagarle de contado
A Dios cuanto ha pecado.

En obras, pensamientos y palabras,
Pues Dios al que a su próximo perdona
Con perdón general le galardona.

CONCLUSION

Lo que dispenso es poco,
Lo que Dios me perdona es infinito:
Luego he de ser un loco
Si por tan poco omito
Pagar toda mi culpa y mi delito.

José Antonio Goicoechea.

RESPUESTA

Tus versos, padre amable,
Que jamás borraré de la memoria,
Son bálsamo admirable,
Que apliqué cual venido de la gloria.
Tenía yo la herida
De mi honor en la parte más sensible;
Y al verla repetida
Juzgué mi curación por imposible.
Mas cuando me creía
Mortal y sin remedio humanamente,
Con grata melodía
Cantaste, y quedé sano de repente.
Bendiga Dios la madre
Que ha dado a desgraciados y dolientes
Tan bondadoso padre,
Consuelo universal de nuestras gentes.

J. T.. de C.

Véase Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, Año V, Diciembre de 1928, Tomo V, número 2, páginas 214 y 215. Lleva por título: Escritores del antiguo reino de Guatemala. Extracto de la Biblioteca Hispana Americana, de Beristain, publicada en México en 1816.—En esta bibliografía habla algo de su biografía y de las obras que escribió.

Imprenta «LA TRIBUNA»